

MARCHENA, JOSÉ (1768-1821)

*POESÍAS*

ÍNDICE:

ODAS

I

Sueño de Belisa

II

Belisa en el baile

III

El estío

IV

A Meléndez Valdés

V

A Chabanó

VI

A Lícoris

VII

La Revolución Francesa

VIII

La primavera

IX

El amor rendido

X

A Carlota Corday

XI

El canto de Amarilis

## ELEGÍAS

I

A Lícoris

II

A Amarilis

III

La ausencia

IV

Traducción de Tibulo. (Elegía primera del libro segundo.)

## SÁTIRAS

I

A Santibáñez

Discursos

En la abertura de una Sociedad Literaria

Discurso primero

## EPÍSTOLAS

I

A Emilia

II

A mi amigo Lanz

SILVA

A cuatro hermanas

## SONETOS

I

A una dama que cenó con el autor

II

El sueño engañoso

## VERSOS SUELTOS

I

II

III

## EPIGRAMAS

I

Sobre la traducción de la muerte de César

II

Sobre la crítica de esta traducción por un italiano

## ROMANCES

I

En la profesión de una monja

II

El amor desdichado

## SEGUIDILLAS

Primeras

A una dama

## HEROIDAS

I

Enone a Paris. (Traducción de Ovidio.)

II

Heloísa a Abaelardo

III

Abaelardo a Heloísa

IV

Elegía

V

Traducción de Tibulo

ODA

XII

Traducción de Horacio

POEMAS

I

La guerra de Caros. (Traducción de Osián.)

II

La guerra de Inistona

POESÍAS NO INCLUIDAS EN EL MANUSCRITO DE PARÍS

Oda

A Cristo crucificado

Apóstrofe a la libertad

Epigrama de la Inquisición

Oda

Al rey intruso José Napoleón cuando entró en Córdoba en 1810

*POESÍAS*

ODA

I

*Sueño de Belisa*

Belisa duerme: el céfiro suave  
agita la violeta blandamente;

el arroyuelo corre mansamente,  
y el padre Tormes con su ruido grave  
teme inquietar su sueño regalado;  
el Sol desde el Ocaso  
lanza lánguidos rayos;  
el Amor recostado  
sobre el tierno regazo  
de Belisa, le guarda el dulce sueño.

El cefirillo vivo  
en fragantes olores empapado,  
retozón y lascivo  
ora el seno nevado  
agita licencioso,  
ora más atrevido  
el labio sonrosado,  
el labio de carmín besa amoroso.

¡Oh sueños verdaderos,  
sueños que a los mortales  
dicha pronosticáis o desventura!  
Venid, venid ligeros:  
ablandad ¡ay! la dura  
condición de Belisa, y sus desdenes;  
y mis acerbos males  
mudad en un instante en dulces bienes.

Pintadle mi cariño respetoso,  
y mi amante constancia y mi firmeza,  
y mi ardiente pasión impetuosa;  
quizá que ella piadosa  
deponga su fiereza,  
y me quiera una vez hacer dichoso.

Sueño; pues tú amansaste los rigores  
de la que el dulce canto  
de Batilo esquivaba,  
de Batilo el honor de los pastores;  
si te mueve mi llanto,  
mi llanto que apiadara la onza brava,

de mi Belisa muda los desvíos  
y... Mas ella despierta,  
y su dulce sonrisa  
es una prueba cierta  
de que el Sueño escuchó los votos míos.

Mas ¡ay! que ella me llama; fuente pura,  
pintadas florecillas,  
y vosotras parleras avecillas  
celebrad a porfía mi ventura.

## II

### *Belisa en el baile*

Cual rosa sobresale entre las flores,  
o cual la luna en la mitad del cielo  
a las estrellas todas señorea;  
cual entre chozas de pajiza aldea  
se levanta del suelo  
el erguido palacio; así Belisa  
abrasando de amor a mil pastores  
entre las zagalejas sobresales,  
y todos los zagales  
la danza y las pastoras descuidando  
absortos a Belisa están mirando...

Los sus ojos de fuego  
que de un azul brillante  
el Amor ha pintado  
doquiera que los pone abrasa luego;  
ni hay corazón helado  
que su mirar no encienda en un instante.

El rubio y rizo pelo  
en ondas mil de oro al aire dado  
por el cuello nevado  
desciende en largas trenzas hasta el suelo.  
Cual se ve entre celajes  
Febo en Abril sereno  
ya cerca de Occidente,  
tal por entre las gasas y plumajes  
se columbra tal vez el blanco seno  
y su pecho que late blandamente.

Mas ella a danzar sale: las zagalas  
le ceden envidiosas  
el puesto: avergonzadas  
la maldicen llorosas  
con su belleza airadas;

mas la pastora amable  
desarma su furor con risa afable.

¡Cuán concertadas son sus cabriolas!  
¡Cuán muelle el paso! ¡Qué animado el gesto!  
¡Qué viveza en la acción! ¡Cuánta finura  
del cuerpo en el contorno delicado!  
Las Gracias y el Amor la han maestrado  
y a rendir corazones la han dispuesto.  
¡Oh fatal condición! ¡Oh pena dura!  
Belisa, que los Cielos han formado  
para inspirar amor a los mortales,  
de amorosos cuidados  
exenta y libre su poder ignora.

Amor; tu harpón dorado  
asesta y hiere de Belisa el pecho;  
yo besaré gustoso mis cadenas;  
voluntario me echo  
el dogal apretado,  
y de hoy más tu cautivo me confieso,  
si tus grillos de lirios y azucenas  
a mi Belisa echases  
y en una misma cárcel nos juntases.

### III

#### *El estío*

Del álamo frondoso  
las verdes hojas ya se han marchitado;  
el segador cansado  
en mitad de la mies toma reposo.  
Por aquí un arroyuelo bullicioso  
con aguas cristalinas corrió antes,  
ora un aire inflamado  
y de la seca arena el polvo ardiente  
enciende al fatigado pasajero.

Un delicioso otero  
del Tormes rodeado  
con su sombra suave nos convida,  
do el aromado ambiente  
del céfiro empapado  
en olores fragantes

de millares de flores  
su blando soplo espira a los amantes.  
Todo respira amores;  
las tiernas palomillas  
con ardientes arrullos repetidos  
muestran su amor; las tristes tortolillas  
con profundos gemidos.

Allí, mi bella Emilia, viviremos  
lejos del mundo, libres de cuidados;  
las vacas por el día ordeñaremos;  
ornaré yo tus sienes  
de azucenas y rosas,  
y en amantes delicias anegados  
de la vida las sendas espinosas  
sembraremos de bienes.

Emilia, bella Emilia, ¿qué tardamos?  
Huye la vida, y vuela presurosa;  
antes que nos sepulte eterno sueño  
¡ay! ¿por qué los placeres no gustamos?  
Olvidemos la ciencia fastidiosa,  
depongamos el ceño,  
a Amor sacrifiquemos  
y sus dulces deleites ¡ay! gocemos.

#### IV

##### *A Meléndez Valdés*

Desciende, del sagrado  
monte, Calíope santa, y las loores  
de Batilo me inspira; dí cuál fuera  
de los brazos de Baco y los amores  
por Temis arrancado;  
cuál la Diosa severa  
blandir le enseña la amenazadora  
espada del delito vengadora.

La espada que tajante  
en tu mano, Batilo, al poderoso  
opresor amenaza herida y muerte.  
Ya pálido el malvado poderoso  
vacilar su constante  
potencia de tu fuerte



brazo impelida mira, y ya caído  
asombro es del tirano aborrecido.

Temis torna a la tierra  
y en Celtiberia pone su morada;  
por ti, justo Batilo, desde el cielo  
a los mortales otra vez bajada;  
la codicia, la guerra  
sangrienta, ya del suelo  
celtíbero huyen lejos, y vencidos  
al cielo alzan los monstruos sus bramidos.

Otro tiempo el Tonante  
sus rayos encendidos fulminaba  
contra el tirano duro y ambicioso;  
su fuego abrasador aniquilaba  
las puertas de diamante,  
y el déspota orgulloso  
mientras fiado en la lealtad dormía  
de sus guardas, con ellos junto ardía.

Tal el desapiadado  
Lycaón, y tal el suegro de Linceo  
sufren pena y tormentos inmortales;  
que no borran del pálido Leteo  
las aguas el pecado,  
ni se acaban los males,  
antes Alecto del azote armada  
cruda castiga la nación malvada.

Mas ora el inocente  
opaco bosque, y la floresta amena  
de Júpiter airado los rigores  
siente, y burla el perverso de la pena  
debida a sus horrores,  
y el cielo le consiente;  
Huyamos ¡ay! las tierras habitadas  
de iniquidad y vicios infectadas.

V

*A Chabanó*

Las humildes mansiones  
desaparecen del linaje humano,

y las nubes preñadas  
mis plantas huellan: lejos ¡oh profano  
vulgo! a ti no son dadas  
las sagradas armónicas canciones  
oír que Apolo inspira,  
no el oír los tonos de la acorde lira.

Rásgase el mortal velo,  
que al hombre siempre encubre tenebroso  
los sublimes arcanos,  
que intenta en vano escudriñar curioso;  
y a ti, Chabanó, en manos  
de la sabia Minerva, al alto cielo  
arrebatado veo,  
cual lo fuera en otro tiempo Prometeo.

Las leyes de natura  
sublimes y sencillas, ilustrado  
con la antorcha Febea  
la Diosa ante tus ojos ha mostrado;  
cómo una misma sea  
la que del monte en la caverna oscura  
forma el oro y contiene  
los mundos que en sus órbitas retiene.

El oro apetecido,  
que guerra y muertes trujo a los mortales  
y que escondiera en vano  
la tierra en sus entrañas: ya los males,  
la codicia, el insano  
furor a luz se muestran, del sumido  
pozo con él parecen;  
inocencia y candor desaparecen.

El mercader las naves  
avaro apresta; el Aquilón sañudo  
en vano se embravece,  
y las olas del mar azota crudo;  
el oro que se ofrece  
a su esperanza busca y las suaves  
playas trueca cuidadoso  
por el mar alterado y borrascoso.

No así bajo el reinado  
del buen Saturno; que en inalterable  
paz el mundo vivía,

y la doncella tímida y amable  
su favor concedía  
por premio de sus ansias a su amado;  
mas ora la riqueza  
¡oh mengua! compra y goza la belleza.

## VI

### *A Lícoris*

Después de un año entero  
Venus ¡ay! no te cansas de abrazarme,  
ni tú, Cupido fiero,  
con inmortal dolor de atormentarme,  
aunque en llanto sumido,  
y de pena me tengas consumido.

El congreso sagrado  
que en Francia destruyó la tiranía  
por otros sea loado,  
y del brazo francés la valentía,  
que hiende en un instante  
del despotismo el muro de diamante.

El pueblo su voz santa  
alza, que libertad al aire suena;  
el opresor se espanta,  
y la copa del duelo bebe llena  
que en crueza ceñido  
ya hizo apurar al pobre desvalido.

¿Quién podrá dignamente  
cantar los manes de Rousseau, clamando  
libertad a la gente,  
del tirano el alcázar derrocando,  
la soberbia humillada,  
y la santa virtud al trono alzada?

Que yo en amor ardiendo  
sólo a Lícoris canto noche y día,  
Lícoris repitiendo  
por la montaña y por la selva umbría,  
la cítara tocando,  
y de mis ansias el ardor templando.

Los besos amorosos  
que cogí de su boca regalada,  
más dulces, más sabrosos  
que la ambrósia por Hebe derramada;  
su blanda resistencia  
que grata convidaba a más licencia.

Y mis glorias pasadas  
canto por siempre ¡ay! ya desaparecidas,  
tan por mi mal halladas  
y cual tenue vapor desvanecidas.  
¡Oh tiempo, cuál volaste,  
y en qué dolor sumido me dejaste!

## VII

### *La Revolución Francesa*

Suena tu blanda lira,  
Aristo, de las Ninfas tan amada,  
cuando a Filis suspira,  
y en la grata armonía embelesada  
la tropa de pastores  
escucha los suavísimos amores.

Mientras mi bronco acento  
dice del despotismo derrocado  
de su sublime asiento,  
y con fuertes cadenas aherrojado  
el llanto doloroso  
al pueblo de la Francia tan gustoso.

Cayeron quebrantados  
de calabozos hórridos y oscuros  
cerrojos y candados;  
yacen por tierra los tremendos muros  
terror del ciudadano,  
horrible baluarte del tirano.

La libertad del cielo  
desciende, y la virtud dura y severa;  
huye del francés suelo  
el lujo seductor, la lisonjera  
corrupción, el desorden;  
reinan las leyes con la paz y el orden.

El fanatismo insano  
agitando sus sierpes ponzoñosas  
vencido clama en vano;  
húndese en las regiones espantosas,  
y con él es sumida  
la intolerancia atroz aborrecida.

Dulce filosofía,  
tú los monstruos infames alanzaste;  
tu clara luz fue guía  
del divino Rousseau, y tú amaestraste  
el ingenio eminente  
por quien es libre la francesa gente.

Excita al grande ejemplo  
tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados  
grillos, y que en el templo  
de Libertad de hoy más muestren colgados  
del pueblo la vileza,  
y de los Reyes la brutal fiereza.

## VIII

### *La primavera*

¿Ves, hermosa, la fuente que bullendo  
el céfiro menea blandamente?  
Amor la agita: mira su corriente  
hacia el amado arroyo huir riendo.

Mira volar la abeja susurrante  
en torno de las violas olorosas,  
y su néctar le ofrecen amorosas,  
zagala; que es la flor también amante.

¿No escuchas gorgear los ruiseñores,  
de aguda flecha el tierno pecho heridos,  
y en melodiosos trinos no aprendidos  
explicar sus dulcísimos amores?

¿No ves las palomillas amorosas  
exhalar sus arrullos inflamados?  
¿Los pichones no ves enamorados  
responder en querellas cariñosas?

Todo es amor; la alegre primavera,  
al universo nueva vida dando,  
naturaleza yerta va inflamando,  
que Enero con su escarcha entorpeciera.

Y tú, por más que lo rehuyas dura,  
has de rendir a Amor el cuello erguido,  
que todo se avasalla ¡ay! a Cupido:  
tal es la ley eterna de natura.

## IX

### *El amor rendido*

Las pesadas cadenas  
del despotismo atroz ufano hollando,  
cantemos, lira mía,  
el acordado tono al cielo alzando,  
la presente alegría  
y las pasadas penas;  
libertad sacrosanta, tú me inspira;  
que sólo libertad suene mi lira.

Mientras fue mi morada  
la esclava Hesperia, del rapaz Cupido  
la flecha penetrante  
de aguda llaga el corazón ha herido;  
hoy peto de diamante  
a su punta acerada  
oponer quiero, y, de firmeza armado,  
sus amenazas arrostrar osado.

¡Oh deidad inclemente!  
¡Oh Cupido implacable! ¡Oh santo cielo!  
¿Qué beldad peregrina  
Viene a las Galias del hesperio suelo?  
¡Oh belleza divina!  
A tus pies reverente  
me postro humilde, y ante ti rendido,  
Amor, confieso a voces, me ha vencido.

Al duro yugo atado  
la cerviz humillada, al fiero en vano  
perdón ¡ay Dios! le pido;

que en mis lloros se ceba el inhumano,  
y al carro en triunfo uncido,  
con el dedo mostrado,  
el quebrantado cuerpo puede apenas  
arrastrar las gravísimas cadenas.

De mis ojos cansados  
huyó por siempre el apacible sueño,  
y en perenes raudales  
de amargo llanto el porfiado empeño  
de mis penosos males  
en mi daño obstinados  
¡ay! los ha para siempre convertido,  
y en quebranto inmortal ¡ay! me ha sumido.

Deidades sacrosantas  
que en Olimpo subido hacéis manida,  
muévaos mi humilde ruego;  
apagad en mi pecho la encendida  
llama de amante fuego;  
postrado a vuestras plantas,  
de vos aguarda un triste este consuelo;  
mas ¡ay! que al desdichado es sordo el cielo.

¡Oh deidad sobrehumana!  
A ti fue dado, hermosa, solamente  
la pasada alegría  
tornar ¡ay triste! al corazón doliente;  
ablanda, diosa mía,  
tu condición tirana;  
mira cuál a tus pies ruego amoroso;  
di una sola palabra, y soy dichoso.

X

*A Carlota Corday*

¡Oh pueblo malhadado!  
Con mil cadenas tu cerviz altiva  
amarrará a su carro la anarquía;  
de libertad te priva  
el padre de los dioses indignado,  
en pena de tu infame cobardía,  
hasta que con altares  
la diosa que ofendiste aplacares.

De Bruto el alma santa,  
rasgando las esferas celestiales,  
en ti vino, y tu diestra generosa  
de sus armas fatales  
a los tiranos, ciñe. ¡Ay! cuál levanta  
el vulgo vil al cielo su espantosa  
voz por su soberano,  
muerto, Carlota, por tu noble mano.

El fragoso camino  
es este del Olimpo; el inflexible  
Catón y Marco Aurelio por él fueron;  
por él siguió el terrible  
azote de los reyes, el divino  
Rousseau; por él los dioses concedieron  
escalar las moradas  
a las divinidades reservadas.

Salve, deidad sagrada;  
tú del monstruo Sangriento libertaste  
la patria; tú vengaste a los humanos;  
tú a la Francia enseñaste  
cuál usa el alma libre de la espada,  
y cuál sabe inmolar a sus tiranos;  
tú abriste la carrera,  
y en la lid te lanzaste la primera.

De tu pueblo infelice  
sé deidad tutelar: ¡Oh! no permitas  
que a la infame Montaña rinda el cuello.  
Mas ¡ay! que en balde excitas  
con tu ejemplo el vil pueblo que maldice  
el brazo que le libra. ¡Ay! que tan bello  
heroísmo es perdido,  
y pesa más el yugo aborrecido.

Que en las negras regiones  
las Furias hieran con azote duro  
del vil Marat el alma delincuente;  
que en el Tártaro oscuro  
sufra pena debida a sus acciones,  
y del gusano eterno el crudo diente  
roa el pecho ponzoñoso,  
¿será por eso el pueblo más dichoso?



La libertad perdida  
¡ay! mal se cobra; en pos de la anarquía  
el despotismo sigue en trono de oro;  
su carro triunfal guía  
la soberbia opresión; la frente erguida  
va la desigualdad, y con desdoro  
el pueblo envilecido  
tira de su señor al yugo uncido.

¡Oh diosa! los auspicios  
funestos, de la Francia ten lejanos;  
torne la libertad a nuestro suelo;  
así con puras manos  
los hombres libres gratos sacrificios  
te ofrecerán, Carlota; tú del cielo  
donde asistes, clemente  
protege siempre la francesa gente.

## XI

### *El canto de Amarilis*

Quitad allá las ciencias,  
dejadme mis amores.  
allá dispute el sabio,  
otro piense, y yo goce.  
Denme a mí de Amarilis  
oír los cantos acordes,  
que encienden en mi pecho  
mil amantes ardores.

Que Florián a Trigueros  
le colme de loores,  
que Forner satirice,  
y Guarinos elogie;  
y que estas necedades  
diviertan a la corte,  
¿qué a mí, que odio los lauros  
de Minerva y Mavorte?

¡Oh, pueda yo beodo  
las suavísimas voces  
escuchar de Amarilis,  
y arder en sus amores!  
La vida es deleznable,

veloz el tiempo corre;  
pues gocemos placeres,  
y evitemos dolores.

¿No ves marchito el prado,  
y secas ya las flores?  
¿No ves de escarcha y hielos  
coronados los montes?  
Unas en pos de otras  
se van las estaciones;  
la juventud con ellas  
¡ay! huye y los amores.

Ligero el tiempo vuela;  
pues ¡ah! no le malogres.  
¿Qué sabes si más vida  
te conceden los dioses?  
Ya he visto yo los filos  
de las tajantes hoces  
segar la seca espiga  
con las lozanas flores.

Vivamos y gocemos  
antes que triste llores  
tu engaño, y tu hermosura  
la llames y no torne.

## ELEGÍAS

### I

#### *A Lícoris*

Del airado Mavorte la crueza  
¡oh! no cantes, mi lira, ni la insana  
sed de sangre, el furor y la fiereza.

Mas di de Venus, reina soberana  
de Pafos, el poder; di los amores  
y de las Gracias la belleza humana.

Canta del dios vendado los loores,  
de Cupido certero las doradas  
flechas, su blanda risa, y sus favores.

Deja, Cupido santo, las preciadas  
aras de Chipre, y en tu fuego ardiente  
enciende mis entrañas frías y heladas.

¡Oh mil veces fatal ruego, imprudente  
súplica, por mi mal bien acogida!  
¡Oh condición de Amor cruda, inclemente!

Baja de Olimpo el pérfido, y fingida  
piedad muestra en su rostro y apostura  
dulce el falso, y sonrisa fementida.

«Del Betis a la orilla una hermosura  
(amarla es tu destino eternamente)  
te ofrezco; parte, corre a tu ventura».

Dijo y voló; yo loco en continente  
el Manzanares dejo, y desalado  
al Betis corro con anhelo ardiente.

Ya no hay más libertad ¡ay! ya aherrojado  
Lícoris en durísimas prisiones  
me tiene, al duro remo ¡ay! amarrado.

Yo triste los pesados eslabones  
arrastro, mientras que tormenta horrible

levantan en mi pecho las pasiones.  
Amor en fuego ardiente, inextinguible,  
me abrasa sin cesar; jamás la hoguera  
aparta, que esquivar me es imposible;

que el crüel me persigue por doquiera,  
cual cierva a quien fatal punta acerada  
el costado rompió con llaga fiera;

que el monte, el llano corre la cuitada,  
el doliente bramido al cielo alzando,  
del rabioso dolor siempre aquejada.

Así mi cruda pena va aumentando  
la aguda flecha con que Amor me ha herido,  
siempre el enfermo pecho lastimando;

la imagen de Licoris, el bruñido

cabello de azabache, la alta frente,  
el sonrosado labio, el cuello erguido,

y el hablar, y el reír suavemente  
Amor grabó con punta de diamante  
en el mezquino corazón doliente.

Mora Licoris en mi pecho amante,  
Licoris mora en él; vos amadores,  
de Gnido desertad la ara humeante.

Ved cuál la abandonaron los amores  
y a Lícoris festivos rodeando  
de guirnaldas la ciñen de mil flores.

El sangriento Cupido está aguzando  
la inevitable flecha, y falsa risa  
va por sus labios pérfidos vagando.

¿Quién de mi dulce bien vio la sonrisa,  
y cantar pudo la ambición, la guerra  
que los tronos trastorna, rompe y pisa?

Obra de un dios maligno es nuestra tierra;  
el duelo la pasea de continuo,  
que todo bien lejos de sí destierra.

Y cuando el placer muestra su divino  
rostro, nosotros necios le esquivamos,  
¡oh del error efeto el más indino!

Que la flor de la vida así pasamos;  
la vejez nos señala el tenebroso  
ataúd, que en vano tristes evitamos.

Gusta, Lícoris mía, el delicioso  
néctar de amor, agora que te es dado  
del tiempo del placer nuestro envidioso,  
y nunca sin desdicha despreciado.

## II

*A Amarilis*

Soledad deliciosa, bosque umbrío

¡ay, cómo en tu retiro busco en vano  
alivio al inmortal quebranto mío!

Me hirió de Amor la poderosa mano,  
de Amor la flecha aguda envenenada  
que contra mí lanzara el inhumano.

¡Oh mil veces feliz edad dorada  
en que fue la ternura y la firmeza  
del constante amador siempre premiada!

Agora al rendimiento, a la fineza  
se retribuye indiferencia fría,  
al obsequio humillado cruel dureza.

¿Qué mal dios en su cólera daría  
el siempre infame honor a los mortales,  
que tanto de natura los desvía?

Él el pudor nos trajo, él sus fatales  
leyes a Amor impuso, y él los bienes  
más dulces transformó en acerbos males.

De mi dulce enemiga los desdenes  
el acaso los causa, y hace en llanto  
mis ojos dos raudales ¡ay! perenes.

Sigue, Amarilis, de Cupido santo  
las leyes, del amor sigue el sendero  
exento de pesar y de quebranto.

Honor, de la natura comunero,  
ejercite en el vulgo su tirana  
dominación y su poder severo.

Tú escucha del Amor la soberana  
voz, que al deleite agora te convida;  
que esta la edad en su verdor lozana.

Huye la primavera de la vida  
cual un ligero soplo, un breve instante,  
y nunca torna si una vez es ida.

Vendrá ¡ay! la vejez corva, y el amante  
que agora sólo espira tus amores,  
y que esquivas más dura que diamante,

Lejos huirá de ti; de adoradores  
la turba que te cerca de contino,  
cual brillo suele de caducas flores

tal desaparecerá; que del destino  
esta es la ley severa, inexorable;  
éste de la hermosura el hado indino.

Tal la purpúrea rosa, que al amable  
Céfiro abrió su seno, el soplo airado  
del vendaval deshoja, y despreciable  
yace y marchita en el florido prado.

### III

#### *La ausencia*

De la eterna manida del lamento  
pálidos habitantes, malhadados  
reinos a do jamás cupo el contento,

no; jamás vuestros dioses enojados  
tormentos inventaron que igualasen  
la ausencia a que me fuerzan ¡ay! los hados.

No plugo al crudo cielo que bañasen  
de Adur las ondas mis cenizas hiertas  
y plácidos mis manes reposasen.

Yace aquí un amador, yacen sus muertas  
esperanzas, el túmulo diría,  
su fe constante, y sus finezas ciertas.

Tal vez sobre mi tumba lloraría  
ceñido de ciprés un fiel amante  
de su ingrata señora la falsía.

Mi sombra en torno del sepulcro errante  
sus lloros enjugara, y su quebranto  
compadeciera, y su penar constante.

Bella Minerva Aglae, de tu llanto  
una lágrima acaso regaría  
los huesos de quien vivo te amó tanto.

¡Oh, cuál de tu dolor ufana iría  
mi alma a morar en los Elisios prados,  
y mi ventura alegre cantaría!

Jamás del dulce Orfeo los acordados  
tonos con mis canciones se igualaran;  
y fueran otra vez embelesados

del Tártaro los monstruos, y cesaran  
las ondas del Leteo su corriente,  
y las tremendas Furias se aplacaran.

Mas ¡ay! de ti, mi dulce bien, ausente,  
ronca suena mi lira, y triste lloro  
vierten mis ojos hechos larga fuente.

Estos mis cantos son: Minerva adoro;  
¿dó estás, Minerva Aglae? ¿no me entiendes?  
Sólo se escucha el murmurar sonoro

del Sena, y mis sollozos; ¿y no atiendes,  
ingrata, a mi dolor? ¿Y yo ando en vano?  
¿Y tú mi fuego más y más enciendes?

En esto que de ti me hallo lejano,  
Eco responde solo a mis querellas;  
yo en llanto amargo me deshago insano.

¿Por qué la Fama, di, pregonas bellas  
de este Sena las Ninfas tan preciadas?  
¿Junto a Minerva Aglae qué son ellas?

De su hermosura así son eclipsadas,  
como del alma Venus la belleza  
sus émulas confunde despechadas.

El duro Amor ceñido de cruera  
la sigue a todas partes; con halagos  
el falso va escondiendo su fiereza.

¡Guarte, mortales tristes! ¡Qué de estragos!  
¡Cuántos de letal flecha son heridos!  
¡Qué días les prepara Amor aciagos!

Llévate ¡oh deidad cruda! tus mentidos

favores, y tus glorias lisonjeras,  
y tórname mis bienes ¡ay! perdidos;  
¡Ay! tórname mi alma y paz primeras.

#### IV

##### *Traducción de Tibulo*

(Elegía primera del libro segundo)

Los frutos y los campos consagremos;  
únanse vuestras voces a la mía,  
y el rito antiguo alegres celebremos.

¡Oh Baco! ¡Oh santo dios de la alegría!  
De pámpanos la frente coronada  
ven; y tú, madre Ceres, tú le guía.

Repose el labrador y la cansada  
tierra en el día solemne, y cuelgue ociosa  
la dura reja a la labor usada.

Libres los bueyes sean de la penosa  
coyunda, y sueltos pasten, coronados  
de adelfa entrambos cuernos y de rosa.

Todos nuestros afanes sean sagrados;  
matronas y doncellas en tal día  
descansen de la rueca y los hilados.

¡Lejos del ara los que la ambrosia  
en la pasada noche habéis gustado  
y el néctar de la diosa de Idalía!

Pureza y castidad han agradado  
siempre a los dioses; puro sea el vestido;  
cada uno en lustral agua sea lavado.

Ved cuál al sacrificio conducido  
el cándido escuadrón lleva al cordero,  
y de lauro el cabello va ceñido.

Deidades tutelares del Hespero  
suelo, a vos la labranza, y labradores  
consagro; proteged ¡oh! mi lindero.



Fértil cosecha las frondosas flores  
¡oh! no anuncien en vano; la inocente  
oveja huya del lobo los furores.

Y el colono feliz, tranquilamente,  
viendo sus trojes llenas, descuidado  
y alegre al grande fuego se caliente

De rústicos en torno rodeado  
los verá en juego levantar contentos  
chocillas con el mimbre más delgado.

Mas los dioses escuchan mis acentos;  
ved, ved cuál de la víctima el dichoso  
aspecto los anuncia al voto atentos.

Del padre Baco el néctar delicioso  
traed, y en torno brindemos y bebamos,  
ni entre un brindis y otro haya reposo.

Beodos el día festivo celebramos:  
¡Oh Baco! honren la fiesta tus furores  
santos, y ni caídos nos rindamos.

Mas cantemos del vino en los ardores  
el nombre augusto de Mesala ausente,  
de yedra coronados y de flores.

¡Oh vencedor de la aquitana gente,  
noble Mesala! Tú que honras triunfante  
a tu abuelo y remoto descendiente;

tú propicio me inspira, mientras cante  
de los agrestes dioses los loores  
al compás de la cítara sonante.

Los campos canto, y sus habitantes  
celestes, que a trocar nos enseñaron  
la bellota en manjares mil mejores.

De palma los primeros levantaron  
al labrador la rústica cabaña,  
y de agostada hierba la techaron.

Al formidable toro con la maña

astuta sujetaron al arado,  
y al bosque confinaron la alimaña.

Entonces la manzana se ha ingertado,  
y el seco huerto del humor sediento  
en el amigo riego se ha empapado.

También el viñador pisó contento  
en el ancho lagar la uva dorada,  
cantando a Baco en armonioso acento.

El rico don de Ceres, la tostada  
espiga de los campos la cogemos  
cuando lanza el León llama abrasada.

Al campo la sabrosa miel debemos,  
cuando a la abeja Hiblea sus panales  
de agrestes flores fabricar la vemos.

Del rústico trabajo los mortales  
fatigados cantaron dulcemente  
cantilenas en versos desiguales;

y de la flauta al son plácidamente  
celebraron en himnos las deidades  
celestes y su brazo omnipotente.

Guió el grosero coro en las edades  
de oro, de mosto el labrador teñido,  
cantando de Lyeo las bondades.

El cabrito de Baco aborrecido  
le dio el pastor en don, que entonces fuera  
por el cabrón el ható conducido.

Ornó de agreste flor la cabellera  
del lar antiguo el zagalejo ufano,  
cuando colora el Mayo la pradera.

Pace la oveja el abundoso llano;  
cubre el lomo el vellón, que de contino  
de la doncella emplea la tierna mano.

La femenil labor del campo vino,  
de do el huso, la rueca y el hilado,  
al menos fuerte sexo útil destino.

Alguna que el trabajo ha fatigado  
de ti canta, Minerva, las loores;  
suena la lanzadera en tanto al lado.

En los amenos campos, entre flores,  
entre el galán novillo y el ligero  
potro nació también el dios de amores.

Aquí se ejercitó también el fiero  
en lanzar el harpón ¡ay! diestramente,  
tan penetrable agora, y tan certero.

Y no el ganado, la doncella siente  
la cruda herida, y doma el inhumano  
la condición del joven más valiente.

El oro desperdicia el mozo insano  
por él; de su ingratisima aterido  
ronda las puertas el cascado anciano;

y la doncella hermosa sin rüido  
las plantas mueve, y frustra la cuidosa  
madre que vela con atento oído.

Palpando por la estancia tenebrosa  
camina a do la atiende el fiel amante,  
y descansa en sus brazos amorosa.

Infeliz el que flecha penetrante  
hirió de Amor, y bienaventurado  
el que le vio este dios de buen talante.

Ven también a la fiesta, dios vendado;  
mas lejos de nosotros ten tu ardiente  
saeta; ¡ay! ten lejos el harpón dorado.

Cantad al dios de amor: abiertamente  
le invoque cada uno a la majada,  
y a su pecho le llame ocultamente,

o a voces el que quiera: ¿ya enredada  
no veis la tropa en fuegos amorosos,  
y la danza lasciva ya empezada?

Jugad, que los caballos tenebrosos

unce la noche; el escuadrón lucido  
de astros ya la siguen silenciosos.

Y en pos viene el Morfeo adormecido,  
que las alas batiendo tardamente  
espira sueño, y deja en él sumido  
el hombre y la alimaña juntamente.

## SÁTIRA

I

*A Santibáñez*

Yo, aquel que la Academia no ha premiado,  
ni de Bouillón el bárbaro diarista,  
ni el bonazo Guarinos ha elogiado;

cuando me pica soy también coplista,  
y enhilo a millaradas consonantes,  
cual pudiera el más diestro repentista.

Que del seco Forner no los tajantes  
reveses me amendrentan; no el graznido  
de la chusma de cuervos discordantes.

¿Y quién a Vaca de Guzmán ha oído  
de Clío tañer la trompa sonora,  
que el disonante estruendo haya sufrido?

Las Dríades que habitaban en la undosa  
margen de Henares, Columbano huyendo,  
dejaron su morada deliciosa;

y mientras, en el Tormes con tremendo  
desapacible son grazna Berilo,  
y huyen las Ninfas el horrible estruendo.

Ninfas que del dulcísimo Batilo  
oísteis la suave melodía,  
¿dónde hallaréis contra Guerrero asilo?

¿Yo callar? ¿Y Trigueros cantaría  
las majas y Larena y la Riada,

con su insulsa y pesada grosería;

y de Iriarte la musa siempre helada  
dramas tan regulares y tan fríos  
como La señorita mal criada?

Pues ¿quién para escribir no cobra bríos,  
viendo que hasta Forner tiene ya fama,  
y de Huerta se loan los desvaríos?

No más, que ya la cólera se inflama,  
ya la bilis rebosa a borbollones,  
y ya brotan mis ojos viva llama.

Deja, amigo, que exhale en mis renglones  
la rabia, y más que contra mí vomite  
el bando de Forner mil maldiciones;

que no estimo siquiera en un ardite  
su estúpida manada de escritores,  
por más que alce el ahullido, y que más grite.

¡Desventurado siglo, en que de amores  
Casal canta; Moncín y el ignorante  
Labiano de comedias son autores!

¿Y no quieres que esgrima la tajante  
espada de la mofa y la ironía  
contra turba tan necia y tan pedante?

La adulación, la vil lisonja guía  
las plumas, y se premian los escritos  
que ostentan la más baja villanía.

Los pensamientos nobles son proscritos  
antes de ver la luz, y sofocados  
de la santa verdad los libres gritos.

Los libros a ministros dedicados  
(archivos de vileza y de mentira)  
por ellos los autores pensionados.

¿Pues quién esto contempla, y no se aíra?  
¿Quién la literatura tan vilmente  
la ve humillada, sin enojo ni ira?

Juraron mortal odio eternamente  
la ciencia, el desengaño iluminado,  
la potencia fiera y insolente.

El libro al poderoso dedicado  
no contuvo jamás verdades duras,  
que a los que pueden siempre han disgustado.

Derívase de fuentes tan impuras  
hoy la ciencia de España, ¿y esperamos  
ver sus aguas correr tersas y puras?

¡Oh cuán erradamente caminamos  
al templo de la Fama, si siguiendo  
de la vil protección las sendas vamos!

Que tal vez la grandeza va tejiendo  
la red con beneficios, y cautiva  
la ciencia que escapar no puede huyendo.

Busca el saber la libertad, y esquivo  
el trato con el rico potentado  
que frentes huella con la planta altiva.

Al esclavo el pensar no le fue dado;  
Natura al que no hinca la rodilla  
al tirano, este don ha reservado.

¿Y de la vil canalla que se humilla  
al siervo de sus siervos, la ignorancia  
quieres tú que me cause maravilla?

¿Te admira que trasplanten de la Francia  
vocablos sin razón, y así amancillen  
de nuestro idioma patrio la elegancia?

¿Que por hurten escriban ellos pillen,  
Hago el amor, no estoy enamorado,  
Y que manden en jefe y no acaudillen?

¿Que escriban en estilo afrancesado  
tan confuso que siempre el pensamiento  
escurecido queda o embrollado?

Bien merecen entrar también en cuento  
los pedantes secuaces del purismo,

que carecen de gusto y sentimiento;

que si Mena no dijo fanatismo  
reprueban esta voz, y escrupulosos  
buscan en Mariana panteísmo.

Hay escritores fieles, y celosos  
observantes de plan y de unidades,  
y de reglas que siguen rigurosos;

sujetos siempre a tales mezquindades  
hacen versos a estilo de gaceta,  
que maldicen del Pindo las deidades.

Cual si pudiera hacer obra perfeta  
el autor de La niña mal criada,  
en despecho de Apolo hecho poeta;

que por huir de Góngora la hinchada  
dicción, escribe trabajosamente  
epístolas en prosa mal rimada.

Naturaleza y arte juntamente  
si no concurren, por ganar se afana  
el nombre de poeta vanamente.

Mas calla ya, mi Musa; que la insana  
caterva de ridículos copleros  
si quieres extirpar, empresa es vana,  
y esgrimen contra ti ya sus aceros.

## DISCURSOS

*En la abertura de una Sociedad Literaria*

(Discurso primero)

¡Mísera humanidad! Las sombras sigue,  
y afana por labrarse sus cadenas.  
En pos de los honores desalado  
el ambicioso corre, que huyen lejos  
cuando su mano casi les da alcance.  
Entre montones de oro vive hambriento  
el macilento avaro, que no toca

jamás los sacos de metal preñados:  
Tántalo entre manzanas y agua pura,  
que la hambre y sed devoran sus entrañas.

El hombre es infeliz, mientras la amable  
filosofía le muestra las veredas  
de la felicidad. Sendas trilladas  
de pocos, y de pocos conocidas,  
de la inmortalidad al sacro templo  
la virtud y el saber tan sólo guían.  
El virtuoso Sócrates, el santo  
inflexible Catón fueron por ellas,  
y el que siguió sus huellas dignamente  
Rousseau, de la edad nuestra eterna gloria,  
y modelo a los siglos venideros.

Busquemos el saber, y los amores.  
Las honras, los caudales y los puestos  
ocupen al profano. De Minerva  
éste sea, amigos, el sagrado templo.  
El sabio, del Olimpo ve tranquilo  
el luchar de los vientos, las tormentas,  
el Euro batallando con el Noto,  
a su soplo agitado el mar insano,  
y el naufragar amargo de los tristes  
contempla compasivo, que en las ondas  
sañudas con dolor el alma exhalan.

Así el mal difundido por la tierra  
observaremos siempre: el despotismo  
asolar y mandar, la intolerancia  
ensangrentar la espada, y escudarse  
de la piedad con el broquel sagrado.  
Y cuál el fanatismo atroz desnuda  
la religión de su sagrada veste,  
mientras la inerme diosa pide al cielo  
que tan horribles monstruos exterminen,  
y la convierta a su esplendor antiguo.

Los derechos del hombre, que ignorados  
del hombre mismo fueran tantos siglos,  
derechos que atropellan en las Cortes  
los déspotas soberbios, los soeces  
infames cortesanos, vil canalla  
indigna de la vida y luz del día,  
tal vez estudiaremos; las sagradas



obligaciones que natura impone,  
y que la sociedad y Dios prescriben  
ocupación serán de nuestras juntas.

También a veces las amables Musas  
nos recrearán de otros estudios serios,  
ni negará Terpsícore sus sales  
alguna vez, cuando burlar queramos  
los fríos Iriartes, los Trigueros  
insulsos y pesados, la insufrible  
charla de Vaca, y el graznar contino  
de la caterva estúpida, que infecta  
de dramas nuestro bárbaro teatro.  
Apolo templará su acorde lira  
cuando de Jovellanos y Batilo,  
del dulce Moratín y Santivañes  
los loores cantemos, por quien alzan  
su voz las patrias Musas, que yacieran  
en sueño profundísimo sumidas.

¡Oh cuánto la amistad, y de la gloria  
sagrado ardor me inflama! ¡Oh, cómo espero  
recorrer la carrera denodado  
que a mi vista se ofrece! Ciencias, artes,  
todo con vuestro auxilio se me allana,  
que a la constante aplicación, al tiempo,  
y a la amistad juiciosa y ilustrada  
ningún conocimiento se resiste.

Cuando el viejo Saturno fue arrojado  
por Jove de su reino, que con leyes  
tan iguales y justas gobernara,  
el bien y la virtud huyeron lejos  
del malhadado mundo, y alanzada  
la amistad fue con ellos juntamente.  
La vil esclavitud cubrió la tierra,  
la ensangrentó la guerra; el perdurable  
duelo la consumió y el llanto eterno.

Ya caminaba a pasos de gigante  
la humanidad al término postrero,  
cuando a la tierra torna compasiva  
la afligida amistad; el llanto enjuga  
al triste, y le consuela en sus miserias;  
lamenta las desdichas, indulgente  
perdona los defectos y, las culpas

de la naturaleza inseparables  
en el frágil mortal; suave aligera  
el peso insoportable de la vida.  
Ella aquí nos ha unido: sus favores  
¡oh! no desperdiciemos; merezcamos  
gozar eternamente sus delicias.  
Virtud y humanidad fueron sus padres:  
amemos la virtud, y tiernamente  
amémonos también, sin que los odios,  
los celos, las disputas literarias,  
fuentes de tan crüeles enemigas,  
nuestra fiel amistad jamás alteren.

## EPÍSTOLAS

### I

#### *A Emilia*

Bella Emilia, perdón; yo te lo ruego  
por tu belleza; ¡ah cielos! ¡mi osadía  
cuánta disculpa tuvo! ¿Dó se halla  
aquel que a tu hermosura indiferente  
sin amarte te mira? ¿Quién tu dulce,  
tu suave elocuencia escuchar pudo  
sin la emoción más viva? ¿Y yo cuitado,  
yo solo ¡ay triste! sentiré tus iras?  
¿Te aplacas, bella Emilia? ¿Me perdonas?  
A un eterno silencio me condeno;  
no más de amor hablarte; no fue dado  
a mí, mortal, la dicha soberana.

Seamos amigos, adorable Emilia;  
si de amor no soy digno, podré al menos  
serlo de la amistad: sencillo, franco,  
jamás la vil lisonja, la mentira  
infame mi conducta han afeado.  
¡Mi corazón sensible cuántas veces  
en lágrimas se exhala en las desdichas  
de mis amigos! ¡Las perfidias bajas,  
las mentidas caricias, las lisonjas  
envenenadas, la insultante mofa  
de los que fingen serlo, cuánto acíbar  
sobre mi triste vida han derramado!

Almas villanas, yo lo he merecido;  
ingratos, yo os he amado; esto es bastante.  
¡Ay! pasemos en blanco mis desdichas.  
De mis falsos amigos las injurias  
atroces, las envidias, los crueles  
encarnizados odios olvidemos.  
Seamos amigos, vuelvo a repetirlo,  
de la santa amistad, y de las ciencias  
al sagrario acogidos, los profanos  
asestarán en balde sus saetas  
contra nosotros. Ora, la balanza,  
y el compás de Neutón en nuestra mano  
teniendo, aquel cometa seguiremos  
en su alongada elipse. Ora a Saturno,  
y a Júpiter pesando las distancias  
de Marte a nuestra tierra mediremos,  
o bien por el calor de nuestro globo  
su edad sabremos. Ora calculando,  
el infinito mismo, que no es dado  
al hombre conocer, numeraremos.  
Otras veces, la historia recorriendo,  
teatro vasto de horrores y miserias,  
la suerte lamentable de la débil  
humanidad, del despotismo injusto,  
de la superstición, del falso celo  
siempre oprimida compadeceremos.  
O bien hasta el Eterno nuestras almas  
por grados elevando, nuestras manos  
puras de iniquidad levantaremos  
a la extensión inmensa, do el muy alto  
habita todo en todo; en respetoso,  
en profundo silencio el bello orden,  
la perfección que reina en el gran todo  
absortos admirando, y en tranquila  
paz el último día aguardaremos,  
do el alma nuestra libre de cadenas,  
de Marco Aurelio y Sócrates al lado,  
en la contemplación del universo  
gozará de placeres inefables.

## II

*A mi amigo Lanz*

¡Oh dulce Lanz! Mi juventud lozana

ya para siempre huyó, cual agostada  
rosa, que brilla sólo una mañana.

Cerca está ya de mí la fatigada  
corva vejez, de muerte precursora,  
de achaques y quebrantos rodeada.

¿Dó estás, oh juventud? ¿Dónde está agora  
de aquel semblante mío la frescura?  
¿Dónde del claro Tormes la pastora

que del cáliz de amor ¡ay! la dulzura  
me dio a gustar? Mi luz es eclipsada;  
ya sepultado ¡ay! yago en noche oscura.

Pronto la férrea Parca no aplacada  
irresistible va a precipitarme  
en el voraz abismo de la nada.

Dulce esperanza ¡oh! ven a consolarme:  
¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?  
¿Quien me dio el ser no puede conservarme

mas allá de la tumba? ¿Está ceñida  
a este bajo planeta su potencia?  
¿El inmenso poder hay quien le mida?

¿Qué es el alma? ¿Conozco yo su esencia?  
Yo existo; ¿dónde iré? ¿de dó he venido?  
¿Por qué el crimen repugna a mi conciencia?

Si de toda moral la norma ha sido  
nuestro propio interés, ¿por qué en la historia  
siempre el perverso vive aborrecido?

¿Me es de Nerón odiosa la memoria  
porque temo morir de sus crueldades  
víctima? ¿Qué interés tengo en la gloria

de Foción? ¿Qué me importan las maldades  
del infame Tiberio? ¿De Trajano  
qué bien hacerme pueden las bondades?

No calumniemos el linaje humano:  
el malo a las ideas generosas  
un vil origen atribuye en vano.

No, Lanz: de las acciones virtuosas  
estímulo es la noble simpatía;  
El egoísmo vil de las viciosas.

De Helvecio errada la filosofía  
convence en esta parte la conciencia,  
que es de nuestra razón la mejor guía.

Vano fuera alegarnos la experiencia,  
que sólo enseñar puede lo que ha sido;  
quien lo que debe ser dice es la ciencia.

Tiranos y impostores se han unido  
para ahogar la virtud, y yo me admiro  
que sus esfuerzos más no hayan podido.

En todas partes la violencia miro  
sobre el trono sentada, y exhalando  
la libertad el último suspiro.

Del despotismo el horroroso bando;  
la vil superstición, la intolerancia  
la sanguinosa espada blandiendo;

la feroz anarquía que la Francia  
corre, y tala y asuela; cual abrasa  
celestes rayos la suntuosa estancia

de reyes, junto con la humilde casa  
del pobre labrador, y vuela ardiente,  
consumiéndolo todo por do pasa.

¿Qué haces? ¿Dó te despeñas, imprudente  
pueblo? ¿La libertad sin moral quieres?  
¿Qué Dios te sopla este furor demente?

¿Piensas, atropellando tus deberes,  
que más sean tus derechos respetados?  
¡De cuán fatal error víctima eres!

Así es; los pueblos desmoralizados  
hoy sus cadenas rompen, y otro día  
se forjan grillos mucho más pesados.

De la ignorancia siempre la anarquía

ha sido inseparable compañera,  
como la libertad lo es de Sofía.

Mas todos los delitos que esta fiera  
comete, culpa son del despotismo,  
en cuyo horrible seno ella naciera.

Así en Milton los monstruos del abismo  
devoran con rabioso ávido diente  
de quien les diera el ser el seno mismo.

¡Ah! sepamos templar hasta la ardiente  
ansia del bien; el hombre es perfectible,  
pero se perfecciona lentamente.

¿El efecto fatal de la terrible  
revolución francesa cuál ha sido?  
La guerra general, un lujo horrible,

el orbe por dos pueblos oprimido,  
repúblicas y reinos devorados,  
de Europa el equilibrio destruido;

de la filosofía los sagrados  
principios por la chusma de escritores  
con descarro increíble calumniados;

de cuanto del delirio en los furoros  
un populacho vil ejecutara,  
culpados los más célebres autores.

El amor del trabajo, do cifrara  
sus virtudes la clase laboriosa,  
ora la sed del mando reemplazara.

Donde los proletarios su horrorosa  
dominación ejercen, ¿la anarquía  
qué vínculo social disolver no osa?

En el abismo de la tiranía  
al pueblo precipita la licencia,  
que por sus falsas máximas se guía.

Así el Vesubio lanza con violencia  
de sus entrañas rocas inflamadas,  
de la atracción venciendo la potencia.

Mas luego por su peso arrebatadas  
caen, y abrasan los campos convecinos,  
y sepultan ciudades desoladas.

Tal un pueblo empeora sus destinos,  
cuando se entrega a locas sugerencias  
de demagogos de alentar indios.

Con las horribles exageraciones  
de la revolución el despotismo  
perpetuamente asusta a las naciones.

Como si el más absurdo fanatismo  
de un vulgo vil fuera razón bastante  
para que en un profundo parasismo

los pueblos se durmiesen, y triunfante  
de los, esfuerzos de animosos pechos  
la soberbia opresión fuera arrogante.

El hombre jamás pierde sus derechos;  
cobrar la libertad es siempre justo;  
rompamos nuestros grillos; que deshechos

al suelo caigan, y que pongan susto,  
cayendo, a los tiranos macilentos  
que nos oprimen con su cetro injusto.

Sofisma es confundir con los violentos  
furores de la plebe arrebatada  
de una nación los grandes movimientos.

Cuando la propiedad es respetada,  
cuando la humanidad al pueblo guía,  
cuando toda opinión es tolerada,

¿puede nacer acaso la anarquía  
de una revolución sólo funesta  
a los fautores de la tiranía?

Nueva lógica, amado Lanz, es ésta,  
olvidar la violencia perdurable  
del déspota, y la furia descompuesta

alegar de la plebe, cuya instable

cólera se apacigua en un momento,  
como las olas de la mar mudable.

Más de tres siglos hace que el sangriento  
infame tribunal del Santo Oficio  
oprime a España con furor violento.

Y dos años, no más, el ejercicio  
fatal de la anarquía duró en Francia;  
¿cuál causa de los dos más perjuicio?

¿La riqueza, el comercio, la abundancia  
de cuál de los dos pueblos han huido?  
¿Dó esta el saber, y dónde la ignorancia?

Tal la revolución francesa ha sido  
cual tormenta que asuela las campañas,  
los frutos arrastrando del ejido.

Empero el despotismo las entrañas  
deseca de la tierra donde habita;  
cual el volcán que vive en las montañas,

y con perpetuo movimiento agita  
el suelo, que su lava esteriliza,  
y, cuanto más destruye, más se irrita.

La esclavitud es quien desmoraliza  
los pueblos, quien sofoca los talentos,  
y quien toda virtud inutiliza.

Ni tampoco están libres de violentos  
vaivenes las naciones más esclavas,  
y de internos terribles movimientos.

Cual mugen del Océano las bravas  
olas, cuando la tierra se estremece,  
y la mar rompe sus ferradas trabas;

un pueblo esclavo, cuando se embravece,  
con sus cadenas se arma, y desbocado,  
ningún delito en su furor le empece.

Contemplemos el suelo malhadado  
de la Persia infeliz, de la Turquía,  
por un dueño absoluto dominado.



Las discordias civiles, la anarquía  
son siempre inseparables compañeras  
del despotismo, y de la tiranía.

Y de consuno las monstruosas fieras  
sangre beben, de sangre se alimentan,  
y las naciones devorando enteras,  
con llanto y sangre se sustentan.

## SILVAS

### I

#### *A cuatro hermanas*

La villana avaricia, el insaciable  
amor del mando y del poder supremo  
las bajas tierras oprimido habían;  
abrumados gemían  
los hombres bajo el cetro intolerable,  
y del dolor en el violento extremo  
los dioses invocaban,  
que sordos a sus ruegos se mostraban.

Amor, tú consolaste  
la humanidad; tú su deshecho llanto  
piadoso le enjugaste,  
trocando en alegría su quebranto.  
Tú las cuatro Beldades  
formaste a hermosear mi patrio suelo;  
la belleza les diste de deidades  
moradoras del Cielo.

Por ellas ha tornado,  
por ellas el placer al mundo; humean  
por ellas los altares,  
do sacrifica el pueblo enamorado  
en el templo de Amor, y de cantares  
amantes la armonía  
hinche el templo de dulce melodía.

¿El poder, la riqueza,  
qué valen comparados

con el placer que ofrece la belleza?  
Que los mortales son más desdichados  
cuanto más de natura desviados.  
Apolo: si otro tiempo penetrante  
flecha de amor te hirió, si la inhumana

Dafne adoraste en vano, si en pos de ella  
montes y valles recorriste amante,  
en vano reprehendiéndote Diana,  
templa para cantar ninfa más bella  
la cítara dorada,  
derrama en mis cantares tal dulzura,  
que la suprema gracia y la hermosura  
sea en ellos dignamente celebrada.

Canta tú los sencillos  
juguetes, los placeres inocentes  
que a la bella Francisca la ocupaban  
en su primera edad. Mil amorcillos  
ya entonces preparaban  
el sonante carcaj y flecha ardiente.

¡Oh tiempo! ¿Dónde por mi mal te has ido?  
Dulce satisfacción de la inocencia,  
¡ay! cuán más deliciosa que el mentido  
placer del mundo y que la falsa ciencia!

Canta de Madalena la belleza;  
las gracias de la hermosa Catalina,  
de Alcinda la viveza,  
el sabroso reír, la habla divina,  
y su mirar que el pecho de diamante  
torna de blanda cera en un instante.

Diosa de los amores,  
¡oh Venus! si ser quieres festejada  
del bando de amadores,  
pon aquí tu morada,  
aquí do está aguzando eternamente  
Amor sangriento la saeta ardiente.

Y yo desesperado  
de pintar tal belleza  
doy fin al tosco canto,  
que nunca fue a mi humilde Musa dado  
elevarse a la alteza

que pide Apolo para empeño tanto.

## SONETOS

### I

*A una dama que cenó con el autor*

Dase Dios por manjar a su escogido  
pueblo en la pascual cena misteriosa;  
Cristo es comida y mesa deliciosa  
del hombre de amor tanto confundido.

Jesús asiste en gloria y prez ceñido  
eternamente con su amada Esposa;  
¡de amor omnipotente portentosa  
hazaña! En tierra mora, al Cielo es ido.

Tú que por diosa adora el alma mía,  
bellísima Amarilis, a ti es dado  
hacer tan gran milagro nuevamente.

Cristo se ha dado a sí en la Eucaristía:  
¡ay! tú date a mi pecho enamorado,  
y vivirás en él eternamente.

### II

*El sueño engañoso*

Al tiempo que los hombres y animales  
en hondo sueño yacen sepultados,  
soñé ante mí los pueblos ver postrados  
alzarme rey de todos los mortales.

Rendí el cetro a las plantas celestiales  
de Alcinda, y mis suspiros inflamados  
benignamente fueron escuchados;  
me envidiaron los dioses inmortales.

Huyó lejos el sueño, mas no huyeron  
las memorias con él de mi ventura,  
la triste imagen de mi bien fingido.

El mando y el poder desaparecieron.  
¡Oh de un desventurado suerte dura!  
Amor quedó, mas lo demás es ido.

## VERSOS SUELTOS

### I

Mortal, débil mortal, tal es tu suerte;  
los placeres más dulces nos fastidian;  
Venus, la diosa Venus, que hermosea  
la tierra que vivimos, y las flores  
a manos llenas sobre el hombre esparce;  
Venus, sagrada diosa, sus delicias  
niega al mortal profano y corrompido,  
que en un serrallo obscuro impenetrable  
de eunucos y de esclavos rodeado  
del dulce amor ignora los delirios.  
¡Cuántas veces, amigo, cuántas veces  
de amor en los placeres anegado  
en ardientes suspiros el sensible,  
el inflamado corazón se exhala  
en brazos de mi Doris! ¡Cuántas veces  
sus lágrimas mis besos enjugaron!  
Y cuando Amor nos dio su dulce néctar...  
nuestros sentidos todos embriagados  
en deleites divinos, nuestra alma  
gustó la dicha y el placer supremo.

### II

Así cuando el alcázar del Olimpo,  
el soberbio Mimante y los Titanes,  
hórridos hijos de la dura tierra,  
escalar intentaron, y de Atlante  
el grave Pelión agobió el hombro;  
cuando cien lanzas blandió Briareo,  
de Encélado la mano poderosa,  
arranca sierras y montañas lanza  
contra el sagrado cielo, y ni el tremendo  
rayo que Jove por los aires vibra  
no le amedrenta, ni el feroz bramido

del Noto por Eolo desatado,  
ni las olas que heridas del tridente  
de Neptuno las tierras anegaban;  
no el reluciente casco de Mavorte,  
no le asustan de Apolo las saetas;  
de Apolo que a la sierpe en otro tiempo  
traspasó el cuerpo duro con mil flechas,  
y en angustia rabiosa exhaló el alma  
en negra podre y en veneno envuelta.  
Tres veces tiembla la morada augusta  
de las deidades: Venus y las Gracias  
a lo último del cielo huyen medrosas;  
las otras diosas siguen: los amores  
se acogen a sus brazos, o en sus senos  
se esconden, temerosos del peligro.

### III

La coronación se acerca  
y mi pobre Musa helada  
no pica de profetisa,  
ni al rey vaticina hazañas.  
En vano el frío Iriarte  
sus insulsas coplas grazna,  
y en lenguaje de Gaceta  
a Carlos y Luisa canta.  
¿Qué me importa que Forner  
alce su tremenda vara,  
y en duros y malos versos  
haga por elogios sátiras?  
¿Que el escritor cinco letras  
acatamiento le haga,  
qué a mí? ¿Fui yo por ventura  
el autor de la Riada?  
Por más que el necio Berilo  
las ninfas de Salamanca  
las atruene con sus cantos  
sin armonía ni gracia,  
mi Musa en profundo sueño  
y en vil ocio sepultada  
a Moratín y a Batilo  
no envidia lauro y guirnaldas.

## EPIGRAMAS

### I

#### *Sobre la traducción de la muerte de César*

Ayer en una fonda disputaban  
de la chusma que dramas escribía,  
cuál entre todos el peor sería;  
unos Moncín, Comella otros gritaban.  
El más malo de todos, uno dijo,  
es Volter traducido por Urquijo.

### II

#### *Sobre la crítica de esta traducción por un italiano*

¡Sagacidad de crítico estupenda!  
El que la impugnación de Urquijo lea  
de su obra formará cabal idea  
aunque una letra de español no entienda.  
Basta saber que escribe en castellano  
como su impugnador en italiano.

## ROMANCES

### I

#### *En la profesión de una monja*

Desciende del alto Cielo,  
devoción alma; mi lengua  
mueve porque cante digna  
del muy alto la grandeza;  
del gran Dios que los espacios  
tenebrosos de la inmensa  
extensión sembró de soles,  
y del caos la noche eterna  
llenó de luciente día,  
y no del hombre desdeña  
la virtud, que al justo ofrece  
inefable recompensa;

cuando de Dios en el seno,  
disipadas las tinieblas  
mortales, absorto admire  
de los seres la cadena;  
el orden, las inefables  
leyes, con que los planetas  
rechazados y atraídos  
corren órbitas inmensas.  
¡Oh cuán bienaventurada  
la que huyendo las riquezas,  
y deleites mundanales,  
que nunca el corazón llenan,  
Dios, el hombre y la natura  
lejos del mundo contempla,  
del fanatismo enemiga,  
y de la impía licencia!  
No víctima del capricho  
paternal llora en la celda  
su amarga soledad triste,  
su forzada continencia.  
Mas al Eterno elevando  
manos limpias de impureza,  
de sus loores el incienso  
grato al Altísimo llega.  
¿Por qué la tajante espada  
de Temis no se ensangrienta  
contra el padre, que tirano  
de sus hijas las condena  
a una reclusión forzada,  
do entre lamentos y penas  
inmortales le maldicen,  
y detestan la existencia?  
¿Y Tú, eterno Dios, tus rayos  
para cuándo los reservas,  
si tu religión sagrada  
es velo de la violencia?  
No así tú, que despreciando  
los halagos, la ternura  
materna, a Dios te consagras,  
en manos de Dios te entregas.  
Guarda atenta su ley santa;  
la superstición destierra,  
que torna en mezquina y baja  
de Dios la sublime idea.  
Ama a los hombres; el claustro  
no de esta ley te dispensa,

la más antigua y más santa  
que dictó naturaleza;  
con paciencia los defectos  
de tus hermanas tolera;  
la intolerancia aborrece  
Dios más que nada en la tierra.  
¡Oh Dios de misericordia!  
Derramadla a manos llenas  
sobre la que se consagra  
por virgen y esposa vuestra.

## II

### *El amor desdichado*

Del Océano irritado  
en las arenosas playas  
que con Bayona confinan  
un infeliz paseaba.  
Desatados Euro y Noto  
hasta los cielos levantan  
las olas del mar airado,  
y la deshecha borrasca  
al mísero marinero  
nafragio y muerte amenaza.  
Lejos el llanto se escucha  
de una hermosa que, abrazada  
de su amante, al sordo cielo  
¡ay! en balde piedad clama.  
Luchando van con los vientos  
en una delgada tabla,  
cuando un fiero torbellino  
los sepulta entre las aguas.  
El Aquilón poderoso  
los altos fresnos arranca;  
uno y otro polo truena,  
y las vecinas montañas  
por las lóbregas cavernas  
el eco horrendo dilatan.  
Un corderillo azorado  
dolientes balidos lanza;  
por hallar su madre anhela,  
y un lobo hambriento le asalta.  
Horror y duelos respira  
Naturaleza enlutada;



el pastor en ayes tristes  
así sus penas lloraba:  
«Desdenes, amor y celos  
mi corazón despedazan;  
mi llanto mueve las fieras  
¡y tu pecho no apíada!  
¡Oh! plega al Amor un día  
que tu condición tirana  
rendida a un joven altivo  
ruegue sin ser escuchada.  
Sumido en amargo lloro  
la Aurora ¡ay triste! me halla;  
tiende su manto la noche,  
y mi dolor no se calma.  
Anoche en ajenos brazos  
vi tu imagen adorada  
en sueños. ¡Cielos! la muerte  
antes que tan crudas ansias.  
¿Por qué hicisteis mi enemiga  
tan bella y tan inhumana?  
Róbale, Amor, su hermosura,  
o su crudo pecho ablanda.  
Divino Amor, si mi vida  
en su aurora consagrada  
fue a ti, si mis dulces versos  
tal vez en lágrimas bañan  
los sensibles corazones;  
¡ay! amansa de una ingrata  
la empedernida cruera,  
y mi dolor crudo aplaca».  
De la insensible Dorisa  
así un pastor se quejaba,  
y las compasivas Ninfas  
lamentan sus tristes ansias;  
mas de la ingrata pastora  
jamás el desdén se ablanda.

## SEGUIDILLAS

Primeras

*A una dama*

Ven, Musa chocarrera,

sopla benigna,  
inspírame unas coplas  
de seguidillas.  
Ven sin tardanza,  
y mira que una hermosa  
ha de escucharnos.

Que de las avarientas  
el oro es cebo,  
pero de las hermosas  
el dulce verso;  
que el pecho altivo  
rinda y en llama torna  
el hielo frío.

Mas no; tú, rapaz, hijo  
de Venus bella,  
dicta tú loores dignos  
de tal belleza;  
que las beldades  
celebrar dignamente  
sólo Amor sabe.

Dinos tú cuál hechiza  
si canta o toca,  
y cuál calle, ría, o hable  
siempre enamora;  
y cuál pendiente  
mil amadores de ella  
el alma tienen.

No así entre las estrellas  
brilla el lucero,  
como entre mil preciosas  
su rostro bello,  
y el cuello erguido  
del duro yugo exento  
del cruel Cupido.

Y el seno palpitante  
do Amor anida,  
do sus flechas asesta  
que nadie evita,  
cesad, cantares;  
pues Amor la ha formado,  
que él la retrate.

## HEROIDAS

### I

#### *Enone a Paris*

(Traducción de Ovidio)

¡Ah! si tu nuevo dueño te consiente  
las cláusulas leer de ajena mano,  
lee las querellas de mi amor ardiente.

Tus mortales ofensas, inhumano,  
Enone en estas selvas celebrada,  
tuya, si tú lo sufres, llora en vano.

¿Qué deidad con nosotros enojada  
se opone a nuestro amor? Para perderte  
¿en qué, mísera, pude ser culpada?

¡Ay! culpada sufrir mi cruda suerte  
mejor supiera; un pecho delincuente  
firme resiste a su dolor y fuerte.

Tu nombre, ilustre agora y eminente,  
oscuro fue cuando te dio la mano  
Enone, hija del claro Simoente.

Paris, agora príncipe troyano,  
esclavo era; yo ninfa; a hacer mi esposo  
de un siervo me forzó el amor tirano.

Al abrigo de un álamo frondoso,  
tendidos sobre el muelle y verde lecho,  
el ganado nos vio tomar reposo.

Tal vez cubiertos del pajizo techo,  
de la inclemente nieve defendidos,  
yacimos juntos ¡ay! en lazo estrecho.

¿Quién te indicó las peñas do escondidos  
sus cachorros dejar suele la fiera,  
do se acogen los corzos perseguidos?

De tus afanes grata compañera,  
yo las redes manchadas ya tendía,  
los perros ya animaba en la carrera.

El plátano frondoso, la haya umbría  
muestran en sus cortezas estampado  
mi nombre, que tu amor grabara un día.

Y crece con el árbol levantado  
el celebrado nombre; el amor mío  
¡oh! con él sea a las nubes elevado.

Está plantado un álamo sombrío,  
a do escribieras tú tu ardor amante,  
a las frescas orillas de este río.

¡Oh! vive eterno tú, do el inconstante  
grabó este verso en tu corteza dura,  
jurando por los dioses ser constante.

«Antes corriendo contra su natura  
de Xanto la onda tornará a sus fuentes,  
que vivir pueda yo sin tu hermosura».

Tornad donde nacisteis, ¡oh corrientes  
de Xanto! presurosas; apagados  
yacen fuegos un tiempo tan ardientes.

Infaustos a mi amor ¡ay! son los hados:  
desde el aciago día que la diosa  
Juno y Palas guerrera, desechados

los decentes arreos, y la hermosa  
Venus desnuda su árbitro te hicieron,  
a calmar comenzó tu ansia amorosa.

Mis miembros de temor se entorpecieron,  
y corrió por mis huesos un frío hielo,  
cuando tales prodigios se dijeron.

Los ancianos peritos en el vuelo  
de las aves consulto amedrentada;  
todos me anuncian enojado el cielo.

Por el hacha tajante derribada

cae la haya en tierra y sesga con ligeras  
velas la mar, en nave transformada.

Antes que «A Dios te queda» me dijeras  
lloraste: ¡ay! ¡cuánto fue tu llanto honroso,  
si este nuevo amor torpe consideras!

Lloraste, y lloré yo, y el abundoso  
llanto por nuestros rostros confundido,  
de ambos los pechos anegó copioso.

Cual olmo a la amorosa vid asido  
abrazada la tiene estrechamente,  
tal a tus brazos fue mi cuello unido.

Tus excusas burló toda tu gente  
viendo acusar de tu tardanza al viento,  
cuando soplaba más propiciamente.

¡Ah! ¡con cuán doloroso y triste acento  
«Queda a Dios» me dijiste, y amoroso  
en mi boca exhalaste tu lamento!

Corren las naves por el mar undoso,  
hienden los remos las espumas canas,  
las velas hinche el Euro poderoso.

A las olas se mezclan ¡ay! mis vanas  
lágrimas, y del mar en las llanuras  
miro correr las naos ya lejanas.

Entonces con fervientes preces puras  
tu pronta vuelta a las Nereidas ruego;  
tu vuelta, causa de mis penas duras.

¡Mis votos te trajeron, y otro fuego  
te inflama, ingrato! ¡Por tu nueva esposa  
fatigó ¡ay! los altares mi amor ciego!

Ya se avista la armada en la anchurosa  
mar, que cual la montaña levantada,  
tal resiste a su furia procelosa.

No bien tu nave veo, desalada,  
a lanzarme en tus brazos anhelando,  
correr intento por la onda salada.

En esto, desdichada, veo temblando  
purpurados arreos, de ti ajenos,  
en lo alto de la proa tremolando.

Ya surcados del mar los vastos senos  
ancla en tierra la nave: absorta miro  
otra mujer; ¡ay! ¿qué esperaba menos?

Ni basta a mi dolor; ¡ay! no respiro  
de saña, cuando veo que amoroso  
en su boca exhalabas un suspiro.

Despedazando entonces el rabioso  
pecho, furiosa mis cabellos meso,  
y tiño en sangre el rostro doloroso.

Mis penas, triste, de llorar no ceso;  
Ida escuchó mil veces mi querella,  
que de mis males ¡ay! no alivia el peso.

Así el penar que causa esa tu bella  
sienta un día de su amante abandonada  
y acuse en balde su fatal estrella.

Ora, ingrato, te sigue la robada  
amiga al casto lecho de su esposo,  
sin temer riesgos de la mar airada.

Mas ¡ay! cuando pastor menesteroso  
de tu señor guardabas el ganado,  
sólo a Enone el ser tuya fue glorioso.

No admiro tu opulencia, no el dorado  
alcázar, ni de Príamo ser la nuera  
anhelo; sólo a ser tuya he aspirado.

No porque de una ninfa a Príamo fuera,  
aunque rey, la alianza ignominiosa,  
y Héctor gloriarse de ella no pudiera.

Si aspiro a ser de un príncipe la esposa,  
bien sienta una diadema en mi cabeza,  
ni indigna soy de suerte tan gloriosa.

Del tálamo dorado la riqueza

mejor me está que del humilde lecho  
de secas hojas de haya la pobreza.

No amenazan mil riesgos a tu pecho  
por mi amor, ni las naos de Mycena  
vengarán el insulto a su rey hecho.

Esta dote consigo trae Helena;  
la guerra enciende, Menelao furioso  
tu adúltera reclama a Troya ajena.

Si de restituirla estás dudoso,  
consulta al invencible Héctor tu hermano,  
o pregunta a Deífobo juicioso;

al sabio Anténor y a tu padre anciano,  
que la edad enseñara a ser prudente,  
que los dos te darán consejo sano.

Mal la carrera empiezas, torpemente  
tu patria a tu pasión sacrificando;  
Grecia es justa; tu amor es impudente.

¡Necio! en Helena vives, confiando  
que con tal veleidad de ti prendada  
constante sea su nuevo amante amando.

Cual llora Menelao la violada  
fe del conyugal lecho, y su pureza  
por extranjera huella amancillada,

así tú llorarás; que la limpieza  
del pudor ¡ay! se mancha una vez sola,  
ni lava arte ninguna la impureza.

Arde en tu amante llama agora; viola  
Menelao un tiempo de su amor perdida;  
ora la fe de esposa infiel viola.

¡Andrómaca feliz, que a Héctor unida  
goza de casto amor suaves contentos!  
Tan dulce debió, ingrato, ser mi vida.

Ligero, cual las hojas de los vientos  
juguete, que a las nubes van alzadas,  
volando en torbellinos turbulentos;

y como las aristas abrasadas  
en el Agosto por el sol ardiente  
que por los aires corren exhaladas.

¡Ay! del estro profético la mente  
Casandra llena, me predijo un día  
los crudos males que ora mi alma siente.

«¿Qué haces, mísera Enone?» me decía,  
«Necia, que de la mar aras la orilla,  
y siembras ¡ay! en vano la ola fría.

»Viene novilla griega (¡oh vil mancilla!)  
a ti, a la regia stirpe, y el troyano  
suelo viene a perder griega novilla.

»Sumid ¡oh dioses! en el mar insano  
la torpe nave; en sangre va teñido  
por esta nave el Helesponto cano».

Del fatídico ardor el pecho herido  
así habló; los cabellos en mi frente  
se erizan, el fatal anuncio oído.

¡Mísera! mis desdichas ciertamente  
predijiste; novilla más dichosa  
pace en mis pastos ¡ay! tranquilamente.

Cierto adúltera ha sido, aunque es hermosa;  
prendada del amor de un extranjero,  
abandonar sus dioses patrios osa.

Ni fuiste tú su robador primero;  
ya un Teseo de su patria la arrancara,  
si fue Teseo su nombre verdadero.

¿Crees que a su padre intacta la tornara  
joven y amante? Si quién me dijera  
esto ignoras, Amor me lo enseñara.

Di, si quieres: violencia fue extranjera,  
y cела así la culpa cometida;  
si fue robada, al rapto causa diera.

Enone la fe guarda prometida,



y no sigue el ejemplo que le has dado,  
infidel, aunque por ti tan ofendida.

Los Sátiros lascivos me han amado,  
yo en los espesos bosques me escondía,  
y en vano por hallarme han anhelado.

Y al Fauno que los cuernos se ceñía  
del verde pino que en el Ida crece  
en amor inflamó la beldad mía.

Y el fundador de Troya, el que merece  
la palma de la cítara y del canto,  
con las primicias mías se ensoberbece.

Ni sin violencia las llevara tanto  
Dios, que en reñida lucha le arrancara  
el cabello, anegada en triste llanto.

Y no el metal precioso, ni la rara  
esmeralda me dio, que torpemente  
el oro compra la beldad avara.

El dios el arte médica eminente  
me enseñó y sus secretos misteriosos  
que los males alivian del doliente;

las hierbas saludables, los preciosos  
aromas que produce la natura,  
y sanan los dolores más penosos.

¡Mísera! que de amor la llaga dura  
ni la remedian hierbas saludables,  
ni toda mi arte médica la cura.

Herido de sus flechas penetrables  
su autor pació de Admeto la vacada  
y sintió los tormentos incurables.

La salud que tornarme no fue dada  
a planta alguna, ¡oh numen poderoso,  
tú sólo puedes darme malhadada!

Ten, ingrato, piedad de un amoroso  
pecho, que no tiñeran, no, mis manos  
en frigia sangre el Xanto caudaloso.

Tuya, crudo, en los años más lozanos  
de su primera edad Enone ha sido,  
y si mis blandos ruegos no son vanos  
siempre conmigo vivirás, conmigo.

## II

### *Heloísa a Abaelardo*

Sepulturas horribles, tumbas frías,  
también Amor persigue entre vosotras  
al mísero mortal, que su saeta  
no evita ni entre lóbregos sepulcros.  
La letra es de Abaelardo; letra cara,  
que el ojo amortiguado inunda en llanto,  
y el labio sella con amargo beso  
¡ay! dulce un tiempo, cuando Dios quería.

Lejos de ti, mi dulce amor, y lejos  
del mundo y del placer, eterno lloro  
¡mísera! me consume; en él sumida  
me halla la Aurora, en él la oscura noche.  
Huye de mí el descanso; horribles sombras  
mi sueño cercan de temor helado.  
Terrible Dios, ¿son estos tus consuelos,  
tu gracia, tus auxilios eficaces?  
¡Oh vanos nombres que pronuncia el vulgo,  
que así cual se disipa el humo al viento,  
tal desvanece el duelo y la desgracia!

Vuelve, Abaelardo, a mí, vuelve; en tus brazos  
el placer gustaré que me promete  
la Religión, mientras la amarga copa  
me da a apurar de acíbar y veneno.  
De los verdugos el cuchillo infame  
no te ha quitado todo, no; tus gracias,  
el hablar apacible, la sonrisa,  
la hechicera elocuencia, el amor mío,  
todo tienes aún; ¿crüel, lo dudas?  
Ven, descansa en mis brazos; mis caricias,  
mis halagos, mis besos encendidos  
te lo confirmarán; supersticiosos  
terrores no te asombren; el Eterno  
grabó de la virtud el indeleble  
Amor en los mortales; de natura

sigue las leyes que el Criador impuso.  
Mentiras son las otras de los hombres  
que de Dios en el nombre al hombre oprimen  
y la vida envenenan y acibaran.

No, no es delito amar; es ley eterna,  
obligación sagrada, que los seres  
en amigable paz une y concilia;  
la yedra ama la vid, la loba al lobo,  
al hombre la mujer, ama a Abaelardo  
Heloísa infeliz; leyes tiranas  
se oponen a su amor. ¡Ah! quebrantemos  
grillos que sólo la opinión los forja,  
a Dios indignan y a natura oprimen.

¡Infelice! ¿Qué digo? ¿Dó me arrastra  
mi pasión malhadada? ¡Yo, la esposa  
de Dios, a un hombre adoro, por él gimo!  
¡Yo, que deshecha en llanto ante las aras  
ofrecí a un Dios celoso en holocausto  
un corazón!... ¡Ah mísera! ¿Era tuyo  
ese don? ¡Oh perjura! Tú quisiste  
engañar a tu Dios, que vengativo  
castiga tu impiedad con duro azote.  
Aquel aciago día, de horror lleno,  
miro siempre delante, en que forzada  
pronuncié votos que abomina el Cielo.  
El Ángel tutelar cubrió su rostro  
herido de dolor; tronó la esfera,  
el carro de Iohaváh corrió las nubes;  
subió el remordimiento del abismo  
a morar en mi pecho; en mis entrañas  
insaciable se ceba de continuo.

Cual un veloz relámpago pasaron  
los tiempos del placer y los amores,  
para más no tornar. Aquel día alegre  
en que cedí a tus ruegos obstinados  
¡ah! ¿quién creyera que fatal origen  
fuese de tanto mal? El bien supremo  
no es dado a los mortales. Desparecen  
cual sombra los deleites, y manida  
la desesperación, el llanto, el luto  
hicieron en la tierra eternamente.

De Citerea a las plantas no fue Adonis

más ardiente, más tierno que Abaelardo  
de Heloísa a los pies. Cielos, ¿la gloria  
que ofrecéis a los justos es la sombra  
de la que yo gusté? Los celestiales  
se cubrieron los rostros envidiosos  
de tan suprema dicha, que con mano  
pródiga nos dio Amor. Las importunas  
obligaciones de Himeneo, las trabas  
de la opinión, nuestros contentos puros  
no los aguaron, que tranquilos, libres  
de la naturaleza la divina  
inspiración seguimos, despreciando  
las arbitrarias leyes que obedece  
el vulgo ciegamente y burla el sabio.  
Amor, rey de los hombres y de todo  
cuanto vive y respira, sus influjos  
aparta del profano que atrevido  
osó imponerle sujeción y leyes.  
Él es ley a sí mismo, y huye lejos  
los grillos con que pueblos corrompidos

aprisionarle intentan insensatos.  
Aquella noche... su memoria horrible  
perezca entre los hombres; las estrellas  
le nieguen su luz pura... los verdugos  
los puñales afilan, luce el hierro.  
Abaelardo, ¿tú duermes? ¡miserable!  
¿Dónde estaba Heloísa? ¿Su amoroso  
pecho no te abroquela, no te libra?  
¿La vengativa cólera del Cielo,  
su desesperación ¡ah! no la excita?  
¿Y hay un Dios vengador?... La Deidad, sorda,  
no oye del inocente los lamentos.  
Triunfa la iniquidad... la sangre corre,  
la sangre de Abaelardo; el desdichado  
en ella se revuelca... ¡no eres hombre  
y vives (¡oh dolor!) y yo respiro!  
Es de la atrocidad y del delito  
juguete el justo; los ardientes rayos  
derruecan las altísimas montañas;  
la tempestad y el cielo airado burla  
el infame y perverso delincuente.  
¿Y no preside a la afligida tierra  
o la fatalidad o el ciego acaso?

¿Dó me despeño, triste? El negro abismo

se abre a mis plantas, su espantosa boca  
me sume; ¡desdichada! las blasfemias  
ya no me aterran; el delito horrendo  
por doquiera me sigue; en todas partes  
sólo encuentro amargura y desconsuelo.  
¡Jesús, mi buen Jesús, a Ti me acojo!  
Dios hombre compasivo, Tú mis llagas  
¡oh Señor! Tú las sana, tus auxilios  
desciendan sobre mí, Tú los raudales  
de tu misericordia en mí derrama.  
Omnipotente Dios, ¿podrá tu diestra  
borrar en mí la imagen de Abaelardo,  
imagen vencedora de tu gracia,  
y vencedora de la muerte misma?  
Ven, dueño amado, arráncame del seno  
de un Dios amante que piadoso extiende  
a mí sus brazos... y que yo detesto.

¡Oh vosotras que nunca habéis sentido  
las encendidas llamas del profano  
Amor que a mí me abrasa noche y día,  
que ignoráis el placer y la violencia  
del deleite que pródiga natura  
reparte a los que cumplen con sus leyes;  
vosotras, mis hermanas, que contentas  
vivís en vuestro encierro voluntario,  
que visiones fantásticas arroban!  
¡Vuestra felicidad ¡oh! cuánto envidia,  
y vuestra dicha imaginaria! El Cielo  
me dio en su indignación la ciencia triste  
que la superstición ahuyenta lejos,  
y su mentida gloria. Ella consuela  
la flaca humanidad en sus desgracias;  
ella da cuerpo a las fingidas sombras,  
que la verdad severa desvanece  
desconsolando al mismo que ilumina.

¿Qué religión profesas, Abaelardo,  
o qué Dios es el tuyo? ¿Qué; el Eterno  
ve la infelicidad de sus criaturas,  
y en ella se complace? ¿La tristeza  
y la pena le aplacan? ¿Son contrarias  
las leyes naturales a las tuyas?  
¡Ah! no te asusten los espectros vanos,  
de la superstición oscuros hijos.  
Sólo naturaleza es inmutable,

y sus preceptos santos; los delirios  
desparecen por fin, y las creencias  
más arraigadas las destruye el tiempo.  
Tu amor es la primera, la más santa  
obligación que el mismo Dios me impuso,  
y a ti también, ingrato, que así olvidas,  
pérfido, los sagrados juramentos  
que tantas veces ante el Cielo hiciste  
de amarme eternamente. ¿De ese modo  
cumples con tus promesas? En la tierra  
ya no hay más fe, más ley: de su Heloísa  
despreciada huye lejos Abaelardo,  
sin que el amor antiguo le detenga  
ni las amargas lágrimas que vierte.

¿Qué temes, desgraciado? ¿No es ya muerta  
Naturaleza en ti? Ya su imperiosa  
voz calló para siempre; mis cariños  
ya no pueden moverte; ven, amado,  
tu esposa desolada te lo ruega,  
tu Heloísa infeliz. ¡Ay! hubo tiempo  
que fue su voluntad tu ley suprema,  
y hasta de sus caprichos fuiste esclavo.  
Redúceme, Abaelardo, al buen camino  
que abandono por ti; ven, aplaquemos  
juntos a la Deidad que vengativa  
con eternos suplicios me amenaza,  
suplicios ¡ay! tan poco merecidos.

¿El lugar destinado a los amantes  
es el Infierno acaso? ¿El fuego eterno  
el galardón que Dios ha reservado  
a las almas sensibles? ¡Ah! no es éste  
el Hacedor benéfico que anuncia  
la conciencia: mi amor no es un delito  
ni una mortal de su Criador la esposa.  
El vulgo que elevarse a Dios no sabe  
mezquina torna la sublime idea  
de la divinidad; a él son debidos  
delirios que lamentan los piadosos,  
y que befa con risa el bando impío.

Mas ¡ay, que mi pasión nada la enfrena!  
ni de la santa Religión la augusta  
majestad, los misterios adorables;  
ni la cercana muerte, ni el tremendo

Dios que me ha de juzgar... Huye; los montes,  
los mares pon en medio de tu estancia  
y esta mansión del llanto, do Heloísa  
la muerte invoca a sus gemidos sorda.  
La pompa funeral, el aparato  
de horror y destrucción ¡oh cuánto alegra  
el ánima mezquina! Aquel descanso  
inalterable, aquella paz profunda  
que nada turba en el sepulcro frío,  
¿será que venga para mí? La muerte  
evita al desdichado. Su guadaña  
siega la flor lozana, y deja ileso  
el tallo seco y las marchitas hojas.  
¡Oh Supremo Hacedor! ¿Por qué negaste  
facultad en su vida al desdichado  
que abrumba la existencia y cansa el mundo?  
Las puertas de la muerte están abiertas  
perpetuamente al infeliz; seguro  
puerto ofrece a la nao combatida  
de la deshecha tempestad la huesa.  
Al vulgo que en la muerte ve otra vida  
este error le detenga... ¡Oh Dios, perdona  
de mi flaca razón el desvarío,  
de mi pasión el desenfreno horrible!  
Respeto tu ley santa, humilde adoro  
tu Religión, que la razón cautiva,  
y que del tierno amor hace un delito.  
La desesperación del negro Infierno  
a la sima me arrastra, do sumida  
fuera ya, mas la Mano omnipotente  
mi flaqueza sostiene compasiva.

Anoche, al tiempo que descansa el mundo,  
cuando vela el cuidado, el vengativo  
remordimiento ante el dorado lecho  
del tirano y las sombras macilentas  
salen de su prisión, cuando los muertos  
pálidos de las tumbas se levantan,  
mi dolor exhalaba en llanto amargo  
ante un negro ataúd: el santo templo  
se estremece, las lámparas se extinguen,  
el cabello se eriza, voz tremenda  
resuena en mis oídos. «Heloísa,  
nada temas», me dice, «ya la muerte  
te ofrece en el sepulcro eterno asilo,  
y ya Dios abre sus amantes brazos,

y en su seno te acoge. Yo, tu hermana,  
ardí de amor cual tú, mas la encendida  
llama apagó esta tierra y este hielo.  
El Eterno, que el vulgo representa  
cual tirano implacable, ve indulgente  
de la frágil criatura el extravío,  
le perdona sus culpas y consuela  
sus quebrantos con gloria perdurable.  
Ven; descansa conmigo». Sí, mi amada,  
ya se anublan mis ojos, ya no late  
el pulso amortecido; tú, Abaelardo,  
queda a Dios para siempre, y tus cenizas  
y mis helados huesos un sepulcro  
contenga; así en los siglos venideros  
del amor más constante y desdichado  
serán nuestras desgracias el ejemplo.

### III

#### *Abaelardo a Heloísa*

Oh vida, oh vanidad, oh error, oh nada!  
¿Qué me quieres, bellísima Heloísa?  
¿Por qué tu voz se escucha en esta tumba,  
morada eterna de pavor y muerte?  
De un Dios celoso los preceptos duros  
tan sólo aquí se siguen, de natura  
las suavísimas leyes olvidando;  
amar es un delito. Sí, Heloísa;  
Dios veda que te adore a tu Abaelardo  
y sople el fuego que en tu amor le inflama;  
el fuego que discurre por mis venas,  
y que mi triste corazón abrasa.

¡Terrible suerte! mis verdugos crudos  
mis órganos helaron, y la ardiente  
llama que el alma mísera devora  
no encuentra desahogo. Me consumo  
en rabiosos esfuerzos impotentes,  
los cielos y la tierra detestando.  
Eterno Ser, cuyos milagros canta  
el vulgo ciego ante el altar postrado,  
del engaño riendo el sacerdote,  
¿quieres verme rendido ante tus aras?  
Vuélveme el sexo, y canto tus grandezas.



Melancólico libro, que dictado  
fuiste sin duda por un alma triste;  
Biblia, que haces de Dios un cruel tirano;  
tú serás mi lectura eternamente.  
¡Oh, cómo me complaces cuando pintas  
los hombres y animales fluctuantes  
en el abismo inmenso de las aguas  
clamar en balde por favor al Cielo,  
y la vida exhalar en mortal ansia!  
Todo el linaje humano, reprobado  
por el leve delito de uno solo,  
me muestras arrastrando sus cadenas,  
y condenado a enfermedad y muerte.  
Mi gozo es retratarme estas ideas.

La desesperación fundó los claustros;  
ella aquí me ha arrojado. Yo detesto  
de los hombres, de Dios, y de mí mismo;  
de Heloísa también, sí, de Heloísa.  
Yo fragüé tus cadenas, yo tus votos  
te forcé a pronunciar, yo te he arrancado  
del mundo que adornaba tu hermosura.  
Odio también este execrable monstruo,  
que marchitó la más lozana rosa,  
y en capullo cortó la flor más bella.  
La desesperación ante mi lecho  
hace la ronda, y en mi pecho anida  
la mortal rabia; a mis cansados ojos  
jamás se asoma el llanto. Di, Heloísa,  
¿si reconoces tu infeliz amante  
en tan fatal estado? Fueron tiempos  
en que enjugaba compasivo el lloro  
del triste que aliviaba en sus desdichas.  
¡Cuántas veces mis lágrimas regaron  
tus mejillas, la suerte lamentando  
de el que la desventura perseguía!  
La dulce compasión ya no se alberga  
en este corazón, más que la roca  
por el sumo dolor empedernido,  
y hasta el consuelo de llorar me quita  
la bárbara y crüel naturaleza.  
Los celos y la envidia macilenta  
son las pasiones que mi pecho ocupan,  
y hasta del Dios que sirves tengo celos.  
Cuando imagino que en el templo augusto

a Dios das un amor que a mí me debes,  
execrando sus leyes sacrosantas,  
el rival me declaro del Eterno.

El mundo todo contra mí conspira,  
y todo me aborrece mortalmente;  
yo vuelvo mal por mal, guerra por guerra.  
Los monjes que sujeta a mis preceptos  
la vil superstición y el fanatismo  
son con cetro de hierro gobernados;  
todos ven en su abad un enemigo.  
La penitencia austera, amargo fruto  
de desesperación que el pueblo mira  
cual dádiva de Dios, y que los Cielos  
airados en su cólera reparten,  
en mi semblante mustio se retrata.  
Ceñido de cilicios, soy yo propio  
el más crudo enemigo de mí mismo,  
y sufro mil tormentos que me impongo.

Debajo de mis plantas miro abierto  
un abismo de penas y de horrores,  
y la muerte afilando su guadaña  
amenazarme su tremendo golpe.  
Hierre; y descenderé tranquilamente  
a la mansión eterna del espanto.  
¿Del tirano que rige a los mortales  
la rabia omnipotente puede acaso  
castigarme con penas más horribles?  
Allí yo te veré, veré a Heloísa,  
y aumentará tu vista mi tormento,  
tu vista que otro tiempo fue mi gloria.

Mi corazón se oprime; no me es dado  
contemplar a mi amada en la desdicha.  
Iehováh, que de contino en balde imploro,  
si víctima tu saña necesita,  
descarga sobre mí: ve aquí mi cuello.  
Tú, amada, vuelve al mundo que dejaste;  
ve, torna a las pasadas alegrías,  
de un esqueleto olvida las memorias,  
vil juguete de Dios y de los hombres.  
Si quieres ser feliz huye del claustro;  
renuncia de los votos imprudentes  
que no pudiste hacer; rompe tus grillos.  
El hombre jamás pierde sus derechos;

cobrar la libertad es siempre justo.

Dios eterno, perdona mis delirios.  
Tú me has hecho apurar hasta las heces  
el cáliz del dolor y la ignominia;  
¿Y quieres que mi grito no resuene  
y que sufra en silencio el crudo azote?  
¡Oh, ... es Dios en sus venganzas,  
si no permite al infeliz ni el llanto!  
¡Oh tú, que en otros tiempos animaste  
este cadáver que ante mí contino  
retrata los horrores de la muerte,  
espíritu que habitas las regiones  
por siempre impenetrables a los vivos,  
ilumina a un mortal extraviado  
que confusión y escuridad rodea!  
¿Qué orden nuevo de cosas nos aguarda  
en el reino espantoso de los muertos?  
¿La miseria, el dolor, persiguen siempre  
a los humanos tristes, y se ceban  
en las cenizas yertas del difunto?  
¿O es la huesa el camino de la dicha?  
¿O más bien todo con la vida acaba?

Perseguido de ideas funerales,  
la muerte miro como un trance horrible  
que me ha de conducir a nuevas penas.  
A veces en mis sueños me figuro  
que, conducido por un caos inmenso,  
soy presentado al trono del Muy Alto,  
y el resplandor que en torno le rodea  
me hace caer a tierra deslumbrado;  
que me levanta el rayo fulminante,  
y que el ángel tremendo de la muerte  
la senda del Averno me señala,  
y en la región del luto soy sumido,  
condenado a tormentos sempiternos,  
do son perpetuamente los humanos  
víctima de las iras implacables  
de un tirano crüel y omnipotente.  
Despavorido me despierto, al Cielo,  
a ese Cielo de bronce, alzando en balde  
mis ayes doloridos y profundos.

¡Jesús, santo Jesús!, Tú que quisiste  
morir crucificado entre ladrones;

mártir de la virtud, que el vulgo adora  
como deidad, y que venera el sabio  
como el más santo y justo de los hombres;  
que contemplando el orden de los seres  
admiras el gran todo, y las flaquezas  
del humano linaje compadeces,  
que evitó siempre tu virtud severa;  
si las preces del justo pueden algo  
con ese Dios que tú anunciaste al mundo,  
suplícalle que alivie mis quebrantos;  
la desesperación que despedaza  
mi corazón, que desvanezca luego  
un rayo de su gracia poderosa.  
¿En qué pudo ofenderle un desdichado  
que amaba la virtud, que así le priva  
de gozar por jamás algún contento?  
Aparta ya, gran Dios, de mí tu soplo,  
súmeme de una vez en el sepulcro,  
y corta el hilo de tan triste vida.  
Vosotros, monjes, que he mortificado  
hasta haceros la vida detestable,  
¿no tomáis la venganza? ¿Qué os detiene?  
¿O queréis que respire en mi despecho?  
Vosotros, que el silencio de las celdas,  
la soledad medrosa de los claustros  
y el lúgubre pavor del cementerio  
excita a los proyectos más atroces;  
espíritus crüeles que endurece  
contra la humanidad la penitencia;  
vosotros encendisteis las hogueras  
del fanatismo; y el puñal agudo  
clavasteis en el pecho del hereje;  
que ... a Dios a sangre y fuego,  
... contra mí vuestros horrores.

¿Qué pena da a los monjes un delito?  
¿Son éstos, Heloísa, de tu amante  
Los suaves coloquios. ¿Dó se fueron  
las deliciosas noches ¡ay! pasadas  
en brazos del placer, cuando Heloísa  
templaba con sus besos amorosos  
el ardor de mi llama? ¡Suerte horrible!  
Del deleite supremo el dulce cáliz  
me dio a gustar natura, porque sienta  
el valor infinito de la dicha  
y el peso del dolor intolerable,

que para siempre morará conmigo.

Ya no invoco la muerte, que huye lejos  
del mísero que vive en los ultrajes.  
Ni el cuchillo cruel de mis verdugos,  
ni mis suplicios, ni mi austera vida,  
ni mi ayuno continuo, ni mis duelos,  
nada basta a arrojarme en la fría tumba.  
Las sombras pavorosas de los muertos  
rondan en derredor de mí contino,  
y a habitar me convidan sus mansiones;  
en balde; que el destino aborrecido  
me tiene fijo a la enemiga tierra,  
y huye la muerte cuando yo la toco.

¡Oh Señor!, ¿para cuándo señalaste  
el término a mis días tan ansiado?  
¿Me has de dejar sufrir eternamente?  
¿O quieres que publique tus loores  
de la horrible desgracia perseguido?  
Quebranta las cadenas que sujetan  
mi cuello a la pasión; libre me hiciste,  
tórname en libertad, tu don conserva.

Amada, oyó mis votos el Eterno.  
La dulce calma vuelve a mis sentidos.  
Ya va a herirme la muerte, y ya el descanso  
de mis fatigas acercarse miro.  
En el seno de un Dios, de un padre amante  
de sus criaturas, las delicias todas  
me aguardan de consuno; que en tus brazos  
solamente gusté su vana sombra.  
Aquí de los humanos los delirios  
desparecen por siempre; un Dios piadoso  
perdona a los errores invencibles  
que graba la crianza en nuestras almas.  
Felicidad y dicha inalterable  
habitan las regiones fortunadas,  
que de monstruos horrendos puebla el hombre.  
Aquí nos hallaremos, Heloísa,  
y nuestras almas con amor más tierno  
se estrecharán en lazo indisoluble.  
Vive feliz, y piensa en tu Abaelardo;  
tu amor causó sus glorias y sus penas,  
y ni en la postrer hora te ha olvidado.

## ELEGÍA

V

(Traducción de Tibulo)

Llena el vaso otra vez; mis fatigados  
ojos por tu potencia irresistible  
¡oh Baco! en sueño yazgan sepultados.

Espira sueño ¡oh Baco! Tú insensible,  
Tú sólo, hacerme puedes a mi suerte;  
¡oh suerte con mi amor cruda, inflexible!

Cerrada está con un candado fuerte  
la puerta de mi amada, y su celosa  
guarda todos sus pasos ¡ay! advierte.

Puerta dura, ¡ojalá la procelosa  
lluvia te embata, y te consuma el trueno  
que Jove lanza en mano poderosa!

Puerta, ábrete a mis ruegos; de mi seno  
los sollozos te ablanden; sin rüido  
cedan tus quicios, de sentido ajeno.

Si contra ti furioso he prorrumpido,  
en mi cabeza caigan maldiciones  
que en tu daño sin seso he proferido.

No te olvides ¡oh puerta! de mis dones,  
la guirnalda de flores que te ornara,  
mis preces, mis dulcísimas razones.

Mas tú nada receles, Delia cara;  
osa frustrar tu guardia vigilante;  
Venus dio su favor a quien osara.

Venus la senda enseña al mozo amante  
que ignorara, y adiestra la doncella  
a abrir la puerta muda y palpitante.

También muestra de amor la diosa bella

el lecho abandonar furtivamente  
y sin ruido estampar la blanca huella;

y delante el marido impertinente  
hablar con expresivas ojeadas,  
que el amador comprende solamente.

Ni a todos estas artes les son dadas;  
mas a quien diligente deja el lecho,  
ni las tinieblas de la noche heladas

le asustan. Citerea de su pecho  
propicia aparta el aguzado acero,  
y en vano el salteador vela en su acecho;

que es seguro y sagrado aquel sendero  
por do va el amador de un dios guardado  
contra los lazos del mortal artero.

No de las noches del Diciembre helado  
la escarcha me dañara, o la furiosa  
lluvia del cielo; en aguas desatado.

Nunca tendré mi pena por gravosa  
si a abrir mi Delia viene al fin su puerta,  
y por señas me llama silenciosa.

Hombre o mujer, si alguno hallarme acierta,  
lejos tenga la luz; que el dios Cupido  
veda que sea mi gloria descubierta.

No de vuestras pisadas el rüido  
me asuste, ni mi nombre preguntando  
acerquéis el fanal aborrecido.

Quien sin pensar me viere, que jurando  
por los dioses sagrados lo desmienta;  
tal es de Venus poderoso el bando.

Si alguno hablar osare, el furor sienta  
de la diosa implacable que engendrada  
fue de sangre y espuma turbulenta;

mas ni entonces tu esposa creerá nada.  
Tal me dijo una maga verdadera,  
cuya arte en mi favor está empleada.

Una noche serena yo la viera  
que la luna a su voz huyó medrosa  
y que el rayo torcía su carrera.

Su canto abre la tierra y la espantosa  
tumba dejan los manes al conjuro  
do la yerta ceniza en paz reposa.

Agora llama con imperio duro  
el Infierno, o con leche rociados  
sus espíritus torna al reino oscuro.

A su arbitrio disipa los nublados,  
a su arbitrio los días más serenos  
en pardas nubes van encapotados.

Ella sola conoce los venenos  
de Colcos; de los perros infernales  
sola ella calma los rabiosos senos.

Ella misma compuso estos fatales  
cantos; dílos tres veces, Delia mía,  
y cántalos en tres tiempos iguales.

El envidioso en vano le diría  
a tu esposo mi amor; aun si nos viera  
yacer juntos, sus ojos no creería.

Mas tú huye de otro amor, que su ceguera  
será en mi favor sólo, y otro amante  
esconderse a su vista no pudiera.

¿Qué no creeré de maga que es bastante,  
según dijo, a romper del amor mío  
las firmes ataduras de diamante?

Cuando la noche tiende el manto frío,  
inmolará por mí negros corderos  
a las deidades del Averno umbrío.

No que yo no te amara, mas que fueras  
blanda a mi amor pedía, Delia hermosa,  
que eternamente tú en mi amor ardieras,  
que la vida sin ti me fuese odiosa.



## ODA

### XII

(Traducción de Horacio)

Vana sabiduría,  
de tu resplandor falso deslumbrado,  
ya largo tiempo erré sin norte o guía;  
ora al camino por mi mal dejado  
torno, y víctimas pías  
a Jove inmolaré todos los días.

A Jove que, lanzando  
con diestra firme el rayo fulminante,  
hendiendo va las nubes, y volando  
en alígero carro rutilante  
por el cielo sereno,  
crujen entrambos polos a su trueno.

Las selváticas tierras,  
los caudalosos ríos, el Averno  
y cuanto monstruo pavoroso encierras  
en tus entrañas, horroroso Infierno,  
todo a Jove obedece,  
todo su rayo horrísono estremece.

La fortuna inconstante  
con impulso ruidoso precipita  
cuanto alzaba al Olimpo su arrogante  
frente, y con mano poderosa excita  
el que en el polvo yace,  
y aquel que oscuro fuera brillar hace.

## POEMAS

### I

*La guerra de Caros*

(Traducción de Osián)

Dame, Malvina mía,  
el harpa, dame: que la luz del canto  
en el alma de Osián se enciende súbita.  
Cual es el campo cuando oscura noche  
las colinas en torno cubre, y crecen  
lentamente las sombras en el valle  
del Sol, tal, ¡oh Malvina! a mi Óscar veo  
junto la roca del limoso Crona.  
Mas la forma de Óscar es cual la niebla  
del desierto que el rayo de Occidente  
colora de su luz; tal es la amable  
forma de Óscar; ¡oh vientos  
que sopláis en Arvén, huid lejos de ella!

¿Quién viene hacia mi Óscar? Júbilo oscuro  
brilla en su rostro; sus cabellos canos  
el viento mece; en un bastón se apoya,  
y cánticos murmura, y torna a Caros  
miradas repetidas; Ryno el bardo  
este es; Ryno, del canto el mensajero  
a la hueste enemiga. ¿Qué hace, ¡oh Ryno!  
Caros, rey de las naves? Óscar dice:  
¿Despliega, di, las alas de su orgullo,  
bardo de antiguos tiempos? Las despliega,  
replica el bardo, Óscar, pero al asilo  
de amontonadas piedras, de sus muros  
atónito te mira, Óscar terrible  
cual de la noche el tenebroso espíritu  
que las olas agita,  
y furioso en sus naos las precipita.

Príncipe de mis bardos, Óscar dice,  
la lanza de Fingal toma, en su punta  
fija la llama, blándela a los vientos;  
ve, dile a Caros que de Óscar el arco  
arde por la batalla, fatigado  
de la caza de Cona; que los fuertes  
están lejos, que joven es mi brazo;  
convídale con cantos a la guerra,  
dile que deje sus amigas ondas.

Cánticos murmurando, Ryno parte;  
Óscar alza el clamor cual el estruendo  
de la campana, cuando de Togorma  
se agita el mar cercano, y en sus árboles

silban los vientos rápidos; los héroes  
de Arvén le oyeron, y se aunaron súbito:  
tal después de las lluvias los torrentes  
se precipitan raudos de los montes  
en el orgullo de su curso. Ryno  
se acerca al fuerte Caros, y blande  
la centellante lanza. ¡Oh tú, le dice,  
tú que habitas las olas inconstantes!  
Sus, ven a la batalla de Óscar; lejos  
está Fingal; el canto de los bardos  
oye en Morvén, de su palacio el viento  
se mece en sus cabellos; su terrible  
lanza pende a su lado; cual la luna  
escurecida es el escudo; ven  
al combate de Óscar; solo está el héroe.

Caros no vino al raudo Carón. Ryno  
se tornó con su canto. Negra noche  
Crona cubre; la fiesta de las conchas  
se extiende; arden cien robles a los vientos,  
brilla pálida luz en la maleza.  
Por entre el resplandor de Arvén las sombras  
pasan, y muestran sus oscuras formas  
de lejos. A Comala un meteoro  
medio descubre; triste y tenebroso  
aparece Idalán cual luna oscura  
por entre espesa nieve de la noche.

¿Quién causa tu tristeza? dice Ryno.  
Él sólo ve al caudillo. ¿Tu tristeza  
quién la causa, Idalán? ¿No has recibido  
tu gloria? ¿No se oyeron ya los cantos  
de Osián? Tú de tu nube te inclinaste  
por oír el canto del morvenio bardo.  
Tu sombra cabalgó sobre los vientos  
brillante. ¿Qué, tus ojos, Óscar dice,  
ven a Idalán cual meteoro oscuro  
de la noche? Di, Ryno, cuál cayera  
Idalán en los días de mis padres,  
tan famoso; su nombre vive eterno  
en las rocas de Cona; yo mil veces  
de sus colinas viera los torrentes.

Fingal, replicó el bardo, de sus guerras  
a Idalán expelió; triste era el alma  
de Fingal por Comala, ni sus ojos

sufren la vista del caudillo; solo,  
con silenciosos pasos, tristemente,  
lento Idalán se embosca en la maleza.  
Ambos sus brazos cuelgan, sus cabellos  
suelos sobre su frente el viento mece,  
la lágrima en sus ojos abatidos  
está, en lo hondo de su pecho un ¡ay!  
medio acallado. Solitario, oscuro,  
erró tres días; y llegó al palacio  
de Lamor, el palacio de sus padres,  
musgoso cabe el Balva. Bajo un árbol  
sentado está Lamor solo; su gente  
toda sigue a Idalán en los combates;  
sus pies baña el torrente, su cabeza  
cana sobre su báculo se apoya,  
ciegos sus ojos son de años cargados.  
Lamor murmura el canto  
de los pasados tiempos.  
De las pisadas de Idalán el ruido  
a los oídos llega del anciano,  
y del hijo los pasos reconoce.

¿Qué, torna el hijo de Lamor, o escucho  
de su espíritu el ruido? ¡Oh tú, del viejo  
Lamor hijo! ¿Moriste en las arenas  
del Carón? Y si oyeron mis oídos  
tus huellas, ¿dó están, di, los esforzados  
en la guerra, Idalán? ¿Dó está mi pueblo  
que tornó tantas veces del combate  
con sus escudos resonantes? ¿Yacen  
los fuertes del Carón en las arenas?  
No, dice el joven suspirando, el pueblo  
de Lamor vive, y es famoso en guerras,  
¡oh padre! Idalán sólo no es famoso,  
¡ah! no es famoso más. Yo en las arenas  
de Balva habitaré solo, y en tanto  
de la batalla crecerá el estrépito.

Mas no tus padres se sentaron solos,  
dijo el orgullo de Lamor; tus padres  
no se sentaron solos en la arena  
del Balva, en tanto que crujía el estruendo  
del combate jamás. ¿Ves tú esa tumba?  
Mis ojos no la ven; en ella yace  
el noble Gormalón, que de la guerra  
jamás huyera. «Ven ¡oh tú! famoso

en la guerra, me dice: de tu padre  
ven a la tumba». ¡Oh Gormalón, famoso  
cual puedo ser! El hijo del combate  
huyó. Idalán responde con sollozos:  
¿Por qué atormentas, rey del bando Balva,  
mi espíritu? Lamor, yo nunca huyera;  
por Cómala, Fingal triste, sus guerras  
ha rehusado a Idalán; «huye, me dijo,  
a los canos arroyos de tu tierra;  
consúmeme cual roble deshojado  
que los vientos lanzaron sobre el Balva  
para más no crecer.»  
¿Y cómo podré yo, Lamor replica,  
ver de Idalán las solitarias huellas?  
¿Vivirá él fijo en mis torrentes canos,  
y mil serán famosos en batallas?  
Espíritu del noble  
Gormalón, guía a Lamor a su morada;  
sus ojos son oscuros, su alma triste,  
su hijo perdió su fama.

¿Dó adquiriré yo fama, dijo el joven,  
para que el alma de Lamor se alegre?  
¿De dónde tornar puedo yo con gloria,  
para que suene en sus oídos grato  
el ruido de mis armas? Si a la caza  
voy de las ciervas, no se oirá mi nombre;  
cuando yo tornaré de la colina,  
no alegre halagará Lamor mis perros,  
y no se informará de sus montañas,  
ni del ciervo ojinegro de sus selvas.

Yo caeré, Lamor dijo, cual un roble  
deshojado; en la roca se elevaba,  
los vientos le abatieron. Mi alma triste  
por mi hijo Idalán en las colinas  
vagará. ¿Vos de nieblas su presencia  
me ocultaréis espesas? Ve, hijo mío,  
de Lamor a la sala; allí las armas  
de nuestros padres penden; trae la espada  
de Gormalón; el héroe a un enemigo  
la arrancara. Idalán trujo la espada  
con todas sus correas retorcidas,  
y la entregó a su padre; el héroe cano  
tocó la punta con la mano y dijo:

Condúceme a la tumba,  
hijo, de Gormalón, que se levanta  
tras de aquel árbol de sonantes hojas.  
Marchitado está el césped, y la brisa  
oigo que silba aquí; cerca murmura  
la fuentecilla, y corren hacia el Balva  
sus aguas; aquí quiero reposarme,  
que es medio día; el sol está en el campo.

Idalán le condujo  
de Gormalón al túmulo; el anciano  
de su hijo hirió el costado; juntos duermen;  
sus antiguos palacios caen en polvo;  
espíritus se ven el medio día;  
el valle es silencioso,  
y el pueblo arredra de Lamor la tumba.

Hijo de antiguos tiempos, Óscar dijo,  
triste es tu historia; el alma mía suspira  
por Idalán, que en juventud temprana  
cayó. Sobre los vientos del desierto  
vuela, y en tierra extraña agora yerra.  
Vosotros, hijos de Morvén sonante,  
id al encuentro de los enemigos  
de Fingal; que la noche pase en cantos,  
y observad el ejército de Caros.  
Yo voy al pueblo de otros tiempos, sombras  
del silencioso Arvén, a do mis padres  
oscuros en sus nubes asentados  
ven las futuras guerras. ¿Tú, Idalano,  
cual un medio extinguido meteoro  
no estás aquí? Parece en mi presencia  
en tu dolor, jefe del bando Balva.

Los héroes marchan, y los cantos alzan.  
Óscar con pasos lentos la colina  
trepas; los meteoros de la noche  
parecen a su vista en la maleza;  
un torrente lejano suena sordo;  
de un huracán el soplo interrumpido  
silba por entre los ancianos robles.  
Detrás de su colina roja, oscura,  
la luna en la mitad de su creciente  
se abate; en la maleza flacas voces  
se oyen; Óscar desenvainó la espada:  
Vos, espíritus dice de mis padres,

vos que contra los reyes de la tierra  
combatisteis, venid y reveladme  
de los futuros tiempos las hazañas;  
o cuando razonáis en vuestras huecas  
mansiones y en los campos del valiente  
vuestros hijos miráis, vuestros discursos  
decidme cuáles son.

A la voz de su nieto poderoso  
tremor de su colina vino; nube,  
cual el potro extranjero, sus aéreos  
miembros sostiene; niebla escurecida  
de Lano es su vestido; mortal niebla  
a las gentes, un verde meteoro  
medio extinguido por espada lleva;  
informe y tenebroso es su semblante.  
Tres veces suspiró Tremor; tres veces  
espantables los vientos de la noche  
rugieron; luengas fueron sus razones  
con Óscar, mas el eco solamente  
vino a nuestros oídos tenebroso,  
cual son historias de remotos tiempos  
antes que amaneciera luz del canto.  
Desvaneciose lento al fin cual niebla  
que los rayos del sol en la colina  
derriten, ¡oh Malvina! Óscar fue triste  
desde entonces; oscuro, pensativo,  
cual el sol cuando cubre negra nube  
su rostro, y disipando las tinieblas  
otra vez mira las colinas verdes  
del Cona, tal Óscar a veces era,  
porque de su linaje  
previó de entonces la fatal rüina.

Óscar pasó la noche con sus padres;  
el alba de Carón en las arenas  
le halló; de un verde valle rodeado  
un sepulcro se eleva, monumento  
de los antiguos días, y a lo lejos,  
erguiendo al viento sus ancianos pinos,  
alzan bajas colinas su cabeza.  
Los guerreros de Caros aquí estaban,  
que la noche el arroyo vadearan;  
cual troncos de altos pinos parecían,  
cuando pálida luz del alba raya.  
Junto a la tumba Óscar se para y alza

tres veces su terrible grito; en torno  
resuenan las colinas cavernosas,  
saltan los ciervos azorados, huyen  
amedrentadas en sus negras nubes  
las espantadas sombras de los muertos;  
tan terrible la voz de mi Óscar era,  
llamando a la batalla a sus amigos.

Mil espadas se alzaron; se alzó el pueblo  
de Caros. ¿Por qué lloras, oh Malvina?  
Mi hijo, aunque solo, es bravo. Cual un rayo  
es de celeste luz Óscar, en torno  
gira, y el pueblo cae; su mano es brazo  
de espíritu que sale de la nube;  
su forma es invisible,  
mas en el valle en tropa el pueblo muere.  
Óscar mira acercarse el enemigo,  
y en el silencio oscuro de su fuerza  
se para. ¿Estoy yo solo, dice, en medio  
de miles de enemigos? Muchas lanzas  
aquí parecen, muchos ojos miro  
torvorotantes. ¿Tornareme huyendo  
al Crona? Mas mis padres nunca huyeron;  
la señal de su brazo en mil batallas  
impresa está. También Óscar famoso  
un día será. Vosotros, de mis padres  
espíritus oscuros, mis hazañas  
en la guerra mirad; si caigo ¡oh padres!  
cual el linaje del Morvén sonante  
seré famoso en los futuros tiempos.  
Óscar se para, y en su puesto crece  
cual un arroyo en el estrecho valle.

Acercose el combate, mas cayeron,  
y en sangre se tiñó de Óscar la espada.  
Oyó Crona el estrépito, y su gente  
cual cien torrentes corre; huyen de Caros  
los guerreros. Óscar, cual por reflujo  
de la mar el peñasco abandonado,  
tal permanece incontrastable. En tanto  
Caros se avanza turbulento, oscuro,  
con todos sus caballos, cual el rápido  
torrente; los pequeños arroyuelos  
se pierden en su curso, y se estremece  
la tierra en torno; brillan en los aires  
diez mil espadas; de ala en ala corre



la batalla... ¿A qué más canta batallas  
Osián? ¡Ah! nunca brillará en la guerra  
mi acero ya. Yo con dolor recuerdo,  
al sentir la flaqueza de mi brazo,  
mis días juveniles. ¡Oh! felices  
aquellos que en los días de su gloria  
en juventud cayeron, ni las tumbas  
de sus amigos vieron, ni las cuerdas  
del arco de la guerra al débil brazo  
rehusaron de ceder. ¡Oh tú felice,  
Óscar, en medio de tu torbellino  
sonante; tú los campos de tu fama  
visitas, donde Caros huyó lejos  
de tu luciente espada!

Bella hija de Toscar, el alma mía  
tinieblas cubren; ni la forma veo  
de mi Óscar en Carón, ni veo su imagen  
ya sobre Crona; el viento impetuoso  
lejos le arrastra; triste de su padre  
el corazón está; mas tú, Malvina,  
al ruido de mis selvas me conduce,  
de los torrentes raudos de mis montes  
al estruendo. El sonido de la caza  
quiero escuchar en Cona, meditando  
en los pasados años. Dame el harpa  
¡oh virgen! que pulsar pueda sus cuerdas  
cuando en el alma mía  
raye la luz del canto.

Acércate ¡oh Malvina!, aprende el canto  
que escucharán los venideros días.  
Tiempos vendrán que de los hombres flacos  
los hijos alzarán la voz en Cona,  
y mirando estas rocas  
«Aquí Osián ha morado»,  
dirán, y admirarán los capitanes  
de los pasados años, el linaje  
que ya no es más. En tanto ¡oh mi Malvina!  
cabalgando en las alas de los vientos  
mugientes, asentados en las nubes,  
nuestras voces se oirán en el desierto;  
de la roca los vientos  
dirán de nuestros cantos los acentos.

## II

### *La guerra de Inistona*

Sueño es del cazador en la colina  
nuestra edad juvenil; serenos rayos  
del sol le aduermen, mas despierta en medio  
de hórrida tempestad; el trueno estalla,  
el huracán los árboles sacude;  
él se recuerda del luciente día,  
y de sus dulces sueños. ¿Cuándo ¡ah! cuándo  
tornará, Osián, tu juventud lozana?  
¿Cuándo más de las armas el estrépito  
sonará grato en mis oídos? ¿Cuándo  
iré yo, cual mi Óscar, resplandeciente  
en la luz de mi acero? Vos colinas  
del Cona, vos torrentes de mi patria,  
atentos escuchad la voz del bardo.  
El canto raya, cual sereno día,  
en el alma de Osián; de los pasados  
tiempos las alegrías  
goza plácidamente el bardo anciano.

Selma, tus torres miro,  
veo de tus altos muros sombreados  
los robles; de tus rápidos torrentes  
escucho el murmurar; tus generosos  
héroes están aquí; mí noble padre  
descuella en medio de ellos apoyado  
al broquel de Tremor; su lanza cuelga  
de la muralla; con atento oído  
el Rey escucha el canto de sus bardos,  
que de su verde edad dicen la gloria,  
y de su brazo la invencible fuerza.  
Óscar, tornado en tanto de la caza,  
oye los nobles hechos de su abuelo;  
sus ojos de mil lágrimas se inundan,  
y de rubor se cubre su semblante.  
El escudo de Brano, que pendía  
de la muralla, arranca; al viento blande  
la centellante punta de mi lanza,  
y al jefe de Morvén en voces trémulas  
le dice con palabras mal formadas:

Fingal, Rey de los héroes, y tú, padre  
Osián, tú después de él segundo en gloria  
guerrera, vuestros nombres en los cantos  
suenan con fama; vuestra edad temprana  
ilustró la vitoria; mas cual niebla  
del Cona así yo soy. Óscar parece,  
y se disipa al punto. Nunca el bardo  
su nombre cantará, ni en la maleza  
el cazador visitará su tumba.  
Dejadme combatir en Inistona,  
héroes; lejana entonces de vosotros  
de mis hazañas estará la escena,  
y el rumor de mi muerte a vuestro oído  
jamás vendrá; mas cantará mi nombre  
el extranjero bardo, y mi gloriosa  
muerte celebrará la virgen tierra;  
sobre mi tumba llorará el valiente  
de la lejana tierra; en los convites  
los bardos cantarán: «Oíd las proezas  
de Óscar, el hijo de la tierra extraña.»  
Hijo del nombre mío, Fingal responde,  
Óscar, tuyo ha de ser este combate.  
Aprestad ¡oh! la nao cavernosa  
que a mi héroe en Inistona desembarque.  
Hijo del hijo mío, a ti la gloria  
de nuestro nombre fío; tú del ilustre  
linaje eres también; que nunca diga  
el extranjero al recordar tu nombre:  
«Flaco es el brazo de Morvén en guerra».  
Cual fulminante rayo en la batalla  
tal has de ser, mas en la paz suave  
cual es el sol ya cerca de su Ocaso.  
Ve, di a Anir que yo guardo en mi memoria  
de nuestra edad lozana los combates,  
cuando luchamos ambos en los días  
de la hermosa Agandeca.

Las velas ya despliegan, y los vientos  
silban en las correas de los mástiles.  
Las olas baten las musgosas rocas,  
y el Océano formidable ruge.  
Del alto mar la tierra de las selvas  
descubre Óscar, y rápido del Runa  
aporta a la ensenada.  
A Anir, Rey de las lanzas, de aquí envía  
su reluciente acero; el héroe cano

de mi padre la espada reconoce,  
y sus ojos mil lágrimas inundan,  
que de su fuerza juvenil se acuerda,  
cuando tres veces blandió su lanza  
contra Fingal a vista de Agandeca.  
Los otros héroes combatir los vieron  
de lejos, como luchan en las nubes  
dos espectros nocturnos irritados.  
Mas ora yo soy viejo, el Rey prosigue,  
mi acero en mi palacio cuelga inútil;  
guerrero de Morvén, ya fueron tiempos  
do vio Anir de las lanzas la batalla;  
agora está marchito y macilento,  
cual el roble de Lano.  
Ya no tengo más hijos que te lleven  
contentos al palacio de sus padres.  
Desangrado Argón yace en el sepulcro,  
y Ruro no es ya más; del extranjero  
mi hija habita las salas, y mi muerte  
por ver anhela; su terrible esposo,  
diez mil lanzas guiando, cual la nube  
de mil muertes cargada, así de Lano  
desciende. Mas ven, hijo del sonante  
Morvén, del viejo Anir ven a la fiesta.

Tres días duró el convite de las conchas;  
el cuarto Anir el nombre de Óscar supo,  
y se alegraron juntos persiguiendo  
los jabalís del Runa; fatigados,  
cabe una fuente de musgosas peñas  
los héroes se pararon.  
Anir esconde en vano el llanto triste  
que baña sus mejillas, y en sollozos  
interrumpidos dice: Aquí reposan  
los hijos de mi amor; este árbol cubre  
el sepulcro de Argón, y de mi Ruro  
esta piedra es la tumba. Amados hijos,  
¿en la estrecha mansión de vuestro padre  
no oís el lamento? ¿Y cuando del desierto  
los vientos soplan, no me habláis acaso  
al ruido de las hojas agitadas?  
Rey de Inistona ¡ah! dime cuál cayeron  
de tu edad juvenil los caros hijos,  
le dice Óscar. Sobre sus tumbas corre  
el fiero jabalí, mas su descanso  
no turba; que en las nubes persiguiendo

van nebulosos ciervos, y tendiendo  
sus arcos lanzan las aéreas flechas.  
Tus hijos en sus juegos juveniles,  
Anir, aún se ejercitan, y contentos  
en la región habitan de los vientos.  
Cormalo, el Rey replica, a diez mil lanzas  
manda; Cormalo habita cabe el Lano  
que vapores mortíferos exhala.  
A mi palacio vino, y de la justa  
la gloria pretendió; bello era el joven,  
cual del naciente sol el primer rayo,  
y pocos en la justa de la lanza  
le igualaban; mis héroes a Cormalo  
cedieron todos; él ganó la palma;  
mi hija de él se prendó; mi Argón, mi Ruro  
tornaron de la caza, y de su orgullo  
las lágrimas corrieron.  
De los dos héroes las miradas mudas  
erraban con furor sobre los bravos  
de Runa, que cedieran en la justa  
el triunfo al extranjero.

Tres días duró el convite; vino el cuarto,  
y mi Argón y Cormalo combatieron.  
¿Mas quién pudo igualarse en el combate  
a Argón? Cedió Cormalo; mas su orgullo  
llenó su pecho de furiosa rabia,  
y meditó en secreto dar la muerte  
a mis dos hijos. Juntos las colinas  
del Runa recorrían persiguiendo  
las ciervas; la saeta de Cormalo  
sin ser vista voló; mi Argón, mi Ruro  
cayeron ¡ay! bañados en su sangre.  
Él vino de su amor a la doncella,  
la virgen de Inistona de los luengos  
cabellos; por el hiermo huyeron ambos;  
solo se quedó Anir; viene la noche,  
el día raya, y ni Argón ni Ruro tornan.  
Al fin vimos su perro más amado,  
su fiel Runar, el corredor ligero,  
que con ahullidos dolorosos entra  
en mi palacio, y con mirada triste  
el sitio de su muerte nos indica.  
Nosotros le seguimos, y mis hijos  
aquí encontramos; cerca de este arroyo  
los sepultamos; este es mi retiro

cuando torno cansado de la caza;  
aquí agobiado, cual un viejo roble,  
mis ojos vierten siempre amargo llanto.  
Runán, exclama Óscar, Rey de las lanzas;  
Ogar, llamad, llamad a mis valientes  
héroes, los hijos de Morvén. Hoy vamos  
al Lano, cuyas ondas pestilentes  
mil vapores mortíferos exhalan.  
Corto será tu gozo,  
Cormalo; que la muerte  
en la punta asentada  
perpetuamente está de nuestra espada.

Por el desierto marchan, cual la nube  
tempestuosa, que los vientos rápidos  
por la maleza arrastran, de relámpagos  
y de truenos preñada; el ruido horrísono  
de las selvas anuncia la tormenta.  
De Óscar el cuerno suena la batalla,  
y del Lano se agitan encrespadas  
las olas todas; de Cormalo en torno  
a su sonante escudo se ayuntaron  
del negro lago los oscuros hijos.  
Óscar combate, como suele, en guerra;  
y Cormalo a los filos de su espada  
muere; los hijos del terrible Lano  
buscan asilo en sus profundos valles.  
El Héroe la doncella de Inistona  
tornó al palacio de su anciano padre.  
Brilló el rostro de Anir en alegría,  
y bendijo a mi Óscar de las espadas  
valeroso caudillo.  
¡Cuál fue de Osián el gozo cuando viera  
la vela de su Óscar tendida al viento!  
Así cuando el viajante tristemente  
desconocidas tierras atraviesa,  
y la noche terrible y sus espectros  
con sus oscuras sombras le rodean;  
nube de luz en el Oriente asoma,  
y su pecho de júbilo se llena.  
Con cantos le llevamos a las salas  
de Selma, do la fiesta de las conchas  
celebraba Fingal; de Óscar el nombre  
mil bardos elevaron; al sonido  
Morvén respondió en ecos.  
Aquí Malvina estaba;

su voz era cual harpa melodiosa,  
cuando la brisa que murmura dulce  
al caer de la tarde a los oídos  
lleva el son agradable.  
¡Oh vosotros que veis la luz del día,  
conducidme a una roca  
de mis colinas, rodeada en torno  
de espesos avellanos, y de robles  
susurrantes; que el sitio de mi sueño  
sea verde, y el estruendo del torrente  
suene lejano; toma ¡oh mi Malvina!  
el harpa; entona ¡oh virgen! los amables  
cantos de Selma, porque el sueño pueda  
mi alma embargar en sus serenos gozos  
y de mi juventud los dulces sueños,  
y los días de Fingal poderoso  
otra vez tornen. Selma, ya tus torres,  
tus árboles, tus muros sombreados  
miro; los Héros de Morvén ya veo,  
y ya escucho los cantos de los bardos.  
Óscar la espada de Cormalo esgrime;  
mil jóvenes la admiran, y contemplan  
atónitos el hijo de mi fama,  
celebrando la fuerza de su brazo;  
de su padre en los ojos ven el gozo,  
y aspiran a igual nombre en la memoria.  
Héros valientes de Morvén, sin gloria  
no quedaréis; mi espíritu se inflama  
mil veces en el canto, y se recuerda  
de los amigos de la edad pasada.  
Mas el sueño desciende en pasos lentos,  
al son del harpa plácida;  
y nacen en el alma mil contentos  
con sus gratas imágenes.  
No mi reposo  
con el ruidoso  
son turbéis de la caza.  
El bardo anciano  
huye el profano  
discurso, y se solaza  
conversando  
con el bando  
de sus antepasados  
los reyes esforzados.  
Vos, hijos de la caza, el son ruidoso  
tened lejano;

no interrumpáis el sueño delicioso  
del bardo anciano.

## POESÍAS NO INCLUIDAS EN EL MANUSCRITO DE PARÍS

### *Oda*

#### *A Cristo crucificado*

Canto el Verbo divino:  
no cuando inmenso en piélago de gloria  
mas allá de mil mundos resplandece,  
y los celestes coros de continuo  
Dios le aclaman, y el Padre se embebece  
en la perfecta forma no criada;  
ni cuando, de victoria  
la sien ceñida, el rayo fulminaba,  
y de Luzbel la altiva frente hollaba,  
lanzando al hondo Infierno,  
entre humo pestilente y fuego eterno,  
la hueste contra el Padre levantada.

No le canto tremendo,  
en nube envuelto horrísonotante,  
severas leyes a Israel dictando,  
del Faraón el pecho endureciendo,  
sus fuertes en las olas sepultando,  
que en los abismos de la mar se hundieron;  
porque en brazo pujante  
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,  
cual humo que disipa el raudo viento,  
no fueron; la mar vino  
y los tragó en inmenso remolino,  
y Amón y Canaán se estremecieron.

Ni en el postrero día,  
acrisolando el orbe con su fuego,  
le cantaré, su soplo penetrando  
los vastos reinos de la muerte fría,  
que arrancarse su presa ve bramando.  
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,  
al voraz tiempo luego  
la eternidad en sus abismos sume,  
y lo que es, fue, y será, todo consume;



empero eterno vive  
el malo, eterna pena le recibe,  
los justos gloria eterna se merecen.

Señor, cantarte quiero  
por los humanos en la Cruz clavado,  
el alto cielo uniendo al bajo mundo,  
libre ya el hombre, y el tirano fiero  
por siempre encadenado en el profundo  
Infierno con coyundas de diamante;  
do el pendón del pecado  
tremolaba, brillando la Cruz santa,  
tu Cruz, que al rey del hondo abismo espanta,  
cuando al oscuro imperio  
descendiste, del duro cautiverio  
tus escogidos a librar triunfante.

¿Qué es de tu antigua gloria,  
fiero enemigo del mortal linaje?  
¿Dó los blasones que te envanecían,  
dó está de Adán la culpa y su memoria,  
dó los que Rey del siglo te decían?  
¡Cómo el Hijo del hombre tu cabeza  
quebrantó con ultraje!  
Tú que en tu fuerza ufano te gozabas,  
tú que la erguida frente levantabas  
más que de Horeb la cumbre,  
¡oh coloso de inmensa pesadumbre!  
yaces, postrada al suelo ya tu alteza.

Del Oriente al Ocaso  
en alas de mil ángeles pasea  
tu vencedora Cruz, Verbo divino;  
ni es de hoy más Israel único vaso  
de elección, que al altísimo destino  
de hijos de Dios nos elevó tu muerte;  
con tu Sangre la fea  
mancilla de la culpa en nos lavaste,  
y cual los querubines nos tornaste.  
¡Oh gloria sin segundo  
al Redentor, al Salvador del mundo,  
por quien nos cabe tan felice suerte!

Ya miro el venturoso  
día que tu Cruz santa el orbe hermana  
con vínculo de amor indisoluble;

plácida caridad, almo reposo,  
y paz perpetua reinan; la voluble  
fraude tragó el Infierno en su honda sima;  
la libertad cristiana  
para siempre ahuyentó la tiranía,  
y los tiranos bajo quien gemía  
triste el linaje humano  
derrueca el Cristo con potente mano,  
que no quiere que al hombre el hombre oprima.

Sí, que nuestra ley santa  
es ley de libertad, y los tiranos  
en balde se coligan contra el Verbo;  
Él los quebrantará con fuerza tanta,  
cual león que destroza el flaco ciervo,  
cual rompe el barro frágil metal duro;  
iguales los cristianos  
y libres vivirán siempre sin sustos,  
el Cristo reinará sobre sus justos;  
el orbe renovado  
de la Sión celeste fiel traslado  
será, Señor, bajo tu cetro puro.  
¡Cuál mi inflamado pecho  
ansía por ver tu gloria y las venturas  
del linaje humanal que redimiste!  
Ya de la edad presente el coto estrecho  
traspaso, y veo volar la serie triste  
de los males del tiempo venidero,  
y las culpas futuras;  
mas tu gracia, Señor, omnipotente  
desciende en fin, y tórnase inocente  
el mundo iluminado  
con tu ley, y en tu amor santificado,  
y despojado del Adán primero.

#### APÓSTROFE A LA LIBERTAD

¡Oh lauro inmarcesible, oh glorioso  
hado de nación libre, quien te alcanza,  
llamarse con verdad puede dichoso!  
Libertad, libertad; tú la esperanza  
eres de cuanto espíritu brioso  
el despotismo en sus mazmorras lanza.  
Los pueblos que benéfica visitas,

a vida nueva al punto resucitas.

El pueblo de Minerva, el de Quirino,  
si la historia pregonas sus loores,  
y si con esplendor lucen divino,  
del tiempo y del olvido vencedores,  
a la libertad deben su destino.  
La libertad regó las bellas flores  
que la sien de Fabricio y Decio ornaron,  
y a Foción y a Arístides coronaron.

A Jefferson y a Washington inflamas  
en tu sagrado amor, y otro hemisferio  
consume luego entre voraces llamas  
los monumentos de su cautiverio.  
Tu santo ardor por la nación derramas,  
y de las leyes fundas el imperio,  
siempre absoluto, porque siempre justo,  
que la igualdad social mantiene augusto.

#### EPIGRAMA DE LA INQUISICIÓN

La horrible Inquisición, ese coloso  
que del cieno nació de Flegetonte,  
y mamó de Megera el ponzoñoso  
jugo, y bebió el azufre de Aqueronte,  
aún agita sus teas horroroso,  
y entre ruinas descuella, cual el monte  
de Olimpo en Grecia mísera desierta  
su frente esconde entre las nubes yerta.

#### AL REY INTRUSO JOSÉ NAPOLEÓN CUANDO ENTRÓ EN CÓRDOBA EN

(Oda)

De rosas y de mirto coronadas  
canten del Betis las festivas Drías  
al sol benigno que de luces pías  
viene a dorar sus márgenes sagradas;  
sol de más dulce encanto  
que al que de luz fulgente  
visten las bellas Horas áureo manto;

y al grato rayo de su ardor clemente  
la hermosa turba, en danzas extendida,  
nuevo amor las inflame y nueva vida.

Venció de Alecto la infernal caterva,  
y de Pirene hasta el hercúleo estrecho  
ardió en su llama el español deshecho.  
Nada la muerte a su furor reserva;  
yaces, mísera España,  
desolada al combate  
de la propia opresión y de la extraña;  
mas de la doble muerte que te abate,  
tu rey, astro de vida, te rescata  
y el bien por tu ancho término dilata.

Tal, esplendor benéfico sembrando,  
de entre las ondas del rosado Oriente  
nace del día el padre refulgente,  
los plácidos celajes matizando;  
y del Indo distante  
esparce el almo aliento  
en el carro de nítido diamante,  
al orbe mustio, de su luz sediento;  
hasta que la quadriga voladora  
pisa otra vez los reinos de la Aurora.

Así el Betis te admira cuando goza  
a tu influjo el descanso lisonjero,  
al tiempo que de Marte el impio acero  
aún al rebelde catalán destroza.  
La paz que en tu semblante  
y que en tu pecho mora,  
nos fue presagio del feliz instante,  
término de la Parca destructora.  
gózale grata, en fin ¡oh patria mía!  
y honra a tu rey en himnos de alegría.

No el despótico error más inhumano  
te oprimirá en ignoble cautiverio,  
ni negará el laurel que en el imperio  
del primer Carlos pretendiste en vano;  
aurora sepultada  
en nublado día  
fue aquella tu esperanza malograda,  
mas ya suelta la férrea tiranía,  
no clames, Betis, en tu orilla amena

por las glorias del Támesis y el Sena.

Reinará la abundancia, y en su seno  
verás domar al piélagos tus robles,  
y no quebrados tus intentos nobles,  
tu nombre antiguo gozarás de lleno;  
dos siglos son pasados,  
¡oh España! que no existes,  
cuando a impulso de genios elevados  
te ves nacer de entre fragmentos tristes;  
por tanta hazaña ¡oh Palas! ya previenes  
el más digno laurel de regias sienes.

Y así ¡oh gran rey! a su región te llama  
en que sólo ser puedes coronado,  
donde el Betis, del Tíber envidiado,  
por los tartesios campos se derrama;  
la antigüedad sagrada  
aquí al árbol dio asiento  
que es de la dulce paz insignia amada,  
y del culto de Palas ornamento;  
y aquí, de ciencia y paz doble corona  
hoy ha de darte el coro de Helicon.

Aquí el Elíseo campo venturoso  
pintó el cantor de la venganza argiva,  
y Argantonio y Gerión copia festiva  
aquí gozaron en feliz reposo.  
Aquí naturaleza  
prodigó sus delicias,  
porque del mar vencieran la aspereza  
púnicas proras, griegas y fenicias,  
hasta que la fortuna dio al romano  
el confín del incauto turdetano.

Febo de luz, más pródigo, le baña;  
vos dadle luz de amor más encendida;  
que él es, señor, delicia de la vida,  
como vos sois delicia de la España;  
ni recuerda memorias  
más de Minerva o Marte;  
que, despreciando sus antiguas  
ya su gloria mayor pone en amarte;  
gozad, gozad su amor, y eternamente  
orne su verde oliva vuestra frente.

